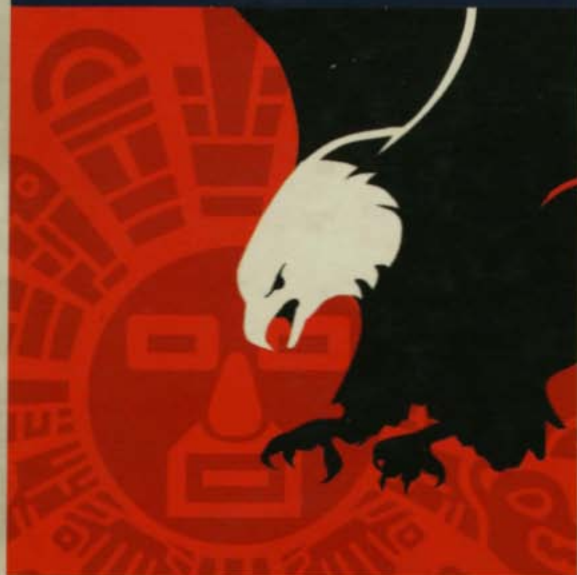


LESLEY GILL

Escuela de las Américas

Entrenamiento militar, violencia política e impunidad en las Américas





Apoyo a los dictadores y guerra contra la revolución

A medida que la guerra fría se intensificaba en las Américas, después de la revolución cubana, diferentes países y sus fuerzas armadas fueron cayendo en desgracia o granjeándose la amistad de los EE.UU. La dinámica de estos cambios se reflejaba en los alumnos que asistían a la Escuela y en los cursos que tomaban. La presencia de Cuba terminó abruptamente después del derrocamiento de Batista, y la participación de Nicaragua terminó 20 años más tarde, con la expulsión de Somoza por los sandinistas. Sin embargo, las dictaduras respaldadas por EE.UU. gobernaron hasta los años 70 en casi toda América Latina, y sus Fuerzas de Seguridad estaban bien representadas en la SOA. Gracias a la ayuda del ejército estadounidense, los jefes de las fuerzas armadas podían mandar un gran número de tropas a la SOA. La creación, en 1976, de un mecanismo para subsidiar el entrenamiento de soldados extranjeros, el programa de Educación y Entrenamiento Internacional (*International Military Education and Training*- IMET), facilitó el flujo de soldados a la SOA. El programa IMET, que fuera implementado por el Departamento de Estado y financiado con fondos destinados a la ayuda internacional, pagaba el entrenamiento de las tropas internacionales a través de becas que otorgaba a los respectivos gobiernos. Las Fuerzas Armadas de los distintos países elegían los cursos que tomaba su personal en las escuelas de servicio militar de los EE.UU. (LAWG 1998), y los gobiernos pagaban los gastos de viaje y manutención.

Durante los años 70, la mayoría de los soldados que asistían a la Escuela provenían de Bolivia, Chile, Colombia, Honduras, Panamá y Perú. Entre 1970 y 1979, cada país envió entre 1.100 y 1.800 estudiantes a la SOA; juntos, representaban el 63 por ciento del total de las matrículas. El general boliviano Hugo Banzer, quien tomó el poder mediante un violento golpe de Estado en 1971, y que gobernó hasta su caída en 1978, se había graduado en la SOA. Probablemente no adquirió allí –cuando era un joven capitán y tomó un curso de corta duración, en 1956, para prepararse como chofer– su gusto por la brutalidad y sus inclinaciones antidemocráticas. Banzer, sin embargo, conservó por largos años su relación de

amistad con los EE.UU., y su carrera militar impresionó tanto al ejército americano, que en 1988, le dio un lugar en el Salón de la Fama de la Escuela.

Los alumnos bolivianos inundaron la Escuela de las Américas cuando el Che Guevara lanzó, en 1967, una fracasada campaña de guerrillas en una remota región del sudeste del país. La insurgencia guerrillera llegó en un momento cuando los generales del ejército tenían las manos llenas con los militantes del gremio de los mineros del estaño y con un campesinado organizado. A fin de enfrentar estas y otras amenazas potenciales, sucesivos regímenes militares enviaron un promedio de 155 soldados por año a la SOA, entre 1967 y 1979 –un aumento de 40 por ciento sobre el período 1960 - 1966–. La mayoría de los soldados eran cadetes de los últimos años de la academia militar de Bolivia, y pasaban casi un año en la Zona del Canal, estudiando la teoría del comunismo, tácticas de movilidad en terreno, inteligencia, práctica de puntería, y cómo usar armamento especializado y dispositivos de vigilancia. Un gran número de alumnos bolivianos también se inscribieron en un curso de tres semanas sobre operaciones en la selva, en el cual estudiaron teoría de la guerra de guerrillas, y aprendieron a abrirse paso y sobrevivir en la selva.

Respecto a Chile, entre 1970 y 1975, este país envió más soldados a recibir entrenamiento en la SOA que ningún otro país durante la década completa. Este período coincide con la elección y caída de Salvador Allende, el primer presidente socialista libremente elegido de América Latina. Allende y su Unidad Popular subieron al poder en 1970, pero el experimento en democracia socialista terminó en un sangriento golpe militar, el 11 de septiembre de 1973. Los EE.UU. apoyaron e impulsaron a los autores del complot, y para desestabilizar al Gobierno de Allende, montaron una "interferencia masiva oculta" en los asuntos chilenos (Dinges y Landau, 1980); apoyaron con dinero a los medios de comunicación anti Allendistas; cuando Henry Kissinger era secretario de Estado, crearon una fuerza secreta a fin de sabotear al Gobierno, e hicieron todo lo posible para conquistar a los militares y para que se identificaran con su modo de pensar.

La presencia de los militares chilenos en la Escuela de las Américas había crecido en los años 1950 y 1960, y el impacto de tantos años de entrenamiento del cuerpo de oficiales chilenos ya se notaba en la década de los años 70. El general Carlos Prats, quien permaneció leal a Allende y murió en 1974 asesinado por la policía secreta chilena en una explosión de automóvil en Buenos Aires, describió en su diario, en noviembre de 1973 –dos meses después del golpe– cómo las Fuerzas de Seguridad chilena confundían el interés nacional de Chile con los intereses de los EE.UU.:

"Respecto del enemigo interno, prevalece cada vez más la opinión de las personas que han participado en cursos dados por la Escuela de la Américas y otros organizados por el Pentágono... muchas de las opiniones de estos [soldados] responden a los estereotipos e ideas que les fueron inculcadas en esos cursos; convencidos de que están liberando al país del 'enemigo interno', han cometido un crimen que solo puede explicarse por su ingenuidad, su ignorancia y su visión política de corto alcance... Yo solía decir al Presidente, que deberíamos enviar a nuestros oficiales a conocer la realidad de los países de Europa, África y Asia, no para que copien o imiten a sus Fuerzas Armadas, sino para que amplíen sus horizontes y entiendan", escribió en su diario, "que el mundo no empieza ni termina en las Escuelas del Pentágono" (citado en O'Shaughnessy 200:27, 28).

Mil quinientos sesenta soldados chilenos asistieron a la SOA entre 1970 y 1975, pero la mayoría (58 por ciento) vino en los dos años que siguieron al Golpe, cuando los militares gobernaban y la represión era más intensa en Chile. La mayoría de los alumnos eran oficiales subalternos y se les enseñaba a planificar, ejecutar y controlar operaciones de nivel de Compañía, lo cual incluía tácticas ofensivas, defensivas y psicológicas. Otro grupo de aproximadamente doscientos oficiales tomaron un curso sobre conducción y entrenamiento de pequeñas unidades de soldados.

La caída de Salvador Allende y el establecimiento de la dictadura de Pinochet tuvo resonancias en Perú y su régimen militar, el cual se había tomado el poder en 1968. Temiendo la agresión de un vecino históricamente hostil, el gobierno de Perú aumentó los gastos anuales de defensa de 7,2 por ciento, entre 1970 y 1974, a 22 por ciento entre 1974 y 1977 (Cotler 1983: 27-28). Tal vez lo más

importante, sin embargo, sea que los gobernantes militares tuvieron que enfrentar movilizaciones populares que se fueron intensificando a tal punto, que se escaparon de su capacidad de control. La lucha de los campesinos por una reforma agraria más justa produjo un aumento de las tomas ilegales de terrenos. Los mineros y profesores hacían demandas económicas sobre el Estado; una nueva izquierda de inspiración cubana emergía, y los sectores populares aumentaban su autonomía y capacidad organizativa (Cotler, 1983).

No es de sorprender que la presencia de Perú llegara a su cumbre en los años 70, pese a las cálidas relaciones establecidas entre el régimen reformista del general Juan Velasco (1968-1975) y la URSS. De los 1.820 peruanos entrenados en la SOA entre 1970 y 1975, el 52 por ciento fueron enviados por el régimen de Velasco, en tanto que el 38 por ciento fue entrenado durante el período más conservador del general Francisco Morales Bermúdez (1975- 1980), amigo de los EE.UU., quien desterró a Velasco. Más o menos la mitad de los soldados se concentraron en tres cursos, que se traslapaban: operaciones en la jungla, operaciones de seguridad interna y combate básico y de contrainsurgencia. Más de un tercio eran oficiales enviados a un curso de orientación para comandantes de nivel de compañía.

Más hacia el norte, en el istmo centroamericano, Panamá, bajo la dirección del general Omar Torrijos, envió 1.422 alumnos durante el curso de la década. La mayoría de los soldados se concentraban en cuatro clases: operaciones en la jungla, entrenamiento de liderazgo para oficiales, guerra de guerrillas e inteligencia. Tras la muerte de Torrijos en 1981, su anterior jefe de inteligencia, general Manuel Noriega, se tomó el poder. Noriega había estado en la planilla de pagos del ejército de EE.UU. desde fines de los años 50, cuando era un joven cadete en la Academia Militar Peruana[54], y además, orgulloso graduado de la Escuela de las Américas. Cuando era teniente primero, Noriega destinó la mayor parte del año 1967, tomando cursos en la SOA. Asistió a un curso básico para oficiales de infantería, estudió inteligencia de combate y contrainteligencia, y se inscribió en el curso de operaciones en la selva, el que ya había tomado en 1965.

[54] Entrevista con el general retirado Fred Woerner, Washington D. C., Noviembre 11 de 2000.

El general estadounidense retirado Fred Woerner, quien había servido como Comandante en Jefe del Comando Sur (1987-1989), trabajó con Noriega, en el tema Noriega y, eventualmente, contra Noriega. Recordaba que Noriega siempre usaba la insignia de la SOA en su uniforme panameño. "Esto puede resultarle poco importante a usted, como antropóloga", me dijo Woerner, "pero es tan importante como el tipo de ropa o collares que se usan en una tribu aborigen. Lo que llevas en tu uniforme es muy importante en el contexto militar, y lo luces como pavo real. Cualquiera que pertenezca al ejército puede leer la carrera de un hombre en su uniforme, y lo que éste dice es: 'estoy orgulloso de estos logros'. Y ahí estaba [la insignia de la Escuela], [en el pecho de Noriega]".

Antes de ser derrocado por los soldados de los EE.UU. que invadieron Panamá, Noriega y los militares panameños tenían una relación privilegiada con la SOA, dada su ubicación en Panamá. Cuando en la escuela se producía una cancelación o no se completaban todos los cursos, estos cupos se ocupaban con militares panameños, libre de cargo. El general Woerner se refería a esta práctica como "Endulzar la olla". Contaba que:

"Si [a último minuto] se producía una cancelación o no se completaban los cursos, íbamos a Panamá y les decíamos, 'Oigan, tenemos dos puestos aquí. Sin costo'. Se suponía que debíamos cobrarles, pues los costos se prorratean... [L.G: 'Entonces, ¿por qué hacían eso?'] Para endulzar la olla. Tú sabes, ahorritos bancarios. Tal vez algún día necesitara algo, y era de esperar que no fuera necesario recordarle que nosotros les habíamos regalado10.000, 20.000 o 50.000 dólares en IMET [*International Military Education Training*] gratis. Ilegal como el diablo, pero, tú sabes, el asiento seguiría vacío. Y él lo sabía. Recibía más cupos para entrenamiento de lo que le permitía la ayuda para seguridad que le llegaba desde los EE.UU., porque les dábamos los asientos que quedaban vacíos. Nunca lo expresamos así –hubiera sido demasiado burdo–. Pero, tú sabes, si el día antes de que empezara un curso recibíamos un mensaje diciendo que en vez de 23 alumnos [un país iba a mandar] 20, era mejor llenar esa vacante –ese tipo de cosas–. Era aprovechar una oportunidad, más que programarla".

Es probable que esta práctica no comenzara con Manuel Noriega. En los años 70, los panameños asistieron a un rango de cursos mucho más amplio que el resto de los países latinoamericanos. Por ejemplo, tomaron 44 cursos diferentes durante ese período. Los alumnos peruanos, en cambio, tomaron solo 40 y los chilenos, 26, a pesar de que esos países enviaron más alumnos a la Escuela. Comprarse la lealtad de las autoridades panameñas –incluso de dictadores corruptos como Noriega– era importante para los intereses estratégicos de los EE.UU. en la Zona del Canal.

No obstante, los cursos gratis no bastaron para controlar a Noriega, quien comenzó a exigir el retiro de la Escuela de la Zona del Canal. Esto, agregado a su abierta relación con los sandinistas nicaragüenses y Fidel Castro, y sus reconocidas conexiones con los carteles de la droga colombianos, le ganaron la animosidad de los EE.UU. (Scott y Marshall 1991). El ejército estadounidense invadió Panamá en 1989, sacó a Noriega del poder y lo encarceló en los EE.UU., donde aun languidece en una cárcel de Miami[55]. Las fuerzas de defensa panameñas fueron desmanteladas, y cesó la representación de Panamá en la Escuela de las Américas. Recordando a Noriega, muchos años después, el general retirado Fred Woerner, quien había pavimentado el camino a la invasión de los EE.UU., se mostraba aun sorprendido de cómo Noriega había manipulado a los responsables de las políticas de Washington. "Conquistó Washington", recordaba Woerner. "Eso era parte del talento. Este hombrecito, un malabarista de dos centavos, nos tuvo a nuestra política externa saltando a su antojo durante años. Me cuesta creerlo ahora, y no podía creerlo entonces".

En la década de 1980, la composición de los alumnos de la Escuela sufrió otro cambio a raíz de la crisis de la deuda latinoamericana, la intensificación de la violencia relacionada con las drogas en Colombia y el estallido de la guerra en Centroamérica. Ahogados en deudas y confrontados con la peor crisis económica de una generación, la mayoría de los países mandaron menos alumnos a la Escuela que en años anteriores. Pero, en comparación a la década de los años 70, el total de las matrículas de esa década

55 Consultar Noriega y Eisner (1997), para ver la versión de Noriega acerca de su relación con los EE.UU. y de la invasión que lo derrocó.



Coronel Natividad de Jesús Cáceres Cabrera, Segundo Comandante del Batallón *Atlacatl*, entrenado en Estados Unidos, responsable de la masacre de El Mozote (El Salvador)

disminuyó solo en un 3 por ciento Ello se debió a que tres países –México, El Salvador y Colombia–, aumentaron notablemente su número de matrículas. Juntos, representaban el 72 por ciento (9.000) de la población estudiantil que pasó por la SOA en los años 80. El número de soldados mexicanos aumentó debido a que los estrategas estadounidenses veían a México como un amortiguador contra el conflicto que asolaba a Centroamérica; además, ese país se estaba convirtiendo en un importante punto de tránsito para el tráfico internacional de drogas. Tanto El Salvador como Colombia enfrentaban poderosas insurgencias y, en Colombia, los carteles de la droga, que estaban bien armados, empezaron a resistir los esfuerzos de los EE.UU. por extraditar a sus figuras más influyentes. Los alumnos de la SOA dejaron un bestial legado de muerte y destrucción en El Salvador y Colombia, continuando así un patrón de conducta ya bien afianzado[56].

[56] Ejemplos de notorios alumnos colombianos desde los '70 incluyen : 1) General Harold Bedoya Pizarro, un instructor huésped en 1978-1979. A través de su carrera, Bedoya ha sido repetidamente vinculado con las actividades del escuadrón de la muerte, pero jamás ha sido procesado. 2) Mayor Jorge Flores Suazo, quien tomó un curso de inteligencia militar en 1972, y después se vio implicado en actividades paramilitares. 3) Capitán Hector Alirio Forero Quintero, quien estudió tácticas de infantería para pequeñas unidades en 1977, y más tarde comandó una patrulla que hizo desaparecer a cuatro personas en 1988. Una, el mismo día en que detuvo y torturó otros dos individuos con la ayuda del colega graduado de la SOA, Carlos Morales del Río. 4) Mayor

(continúa en pág. siguiente)



Mayor Roberto D'Aubuisson, graduado de SOA, organizador de los *Escuadrones de la Muerte*, y quien ordenó la ejecución del Arzobispo Oscar Romero.

Cerca de 800 soldados hondureños asistieron a la Escuela de las Américas en la década de los años 80, pues Honduras tenía gran importancia estratégica en la lucha contra los grupos subversivos de El Salvador y Guatemala, y para derribar al gobierno de Nicaragua. La administración Reagan convirtió el país en una base de operaciones en el combate contra lo que percibía como creciente ola de comunismo. Autorizó a la CIA para organizar una fuerza

---

Hermann Hackspiel Olano, quien también aprendió tácticas para pequeñas unidades y estuvo implicado, en 1988, en la masacre de veinte trabajadores bananeros de Urabá.

Los ejemplos de notorios alumnos salvadoreños de los 70, incluyen: 1) Coronel Napoleón Alvarado, graduado del curso de policía militar en 1974, y quien, en 1983, ocultó la masacre de Las Hojas, en la cual 16 civiles fueron asesinados. 2) Coronel José Emilio Chávez Cáceres, quien estudió inteligencia militar y contrainsurgencia urbana en 1975 y 1974 respectivamente. Él comandaba a los soldados que asesinaron a diez prisioneros civiles en 1988. 3) Teniente Yusshy René Mendoza Vallecillos, quien encabezaba la patrulla que asesinó a seis jesuitas y a su ama de casa con su hija. 4) General Juan Orlando Zepeda, recibió entrenamiento en operaciones de contrainsurgencia urbana. La Comisión de Derechos Humanos de El Salvador le atribuye participación en 210 ejecuciones, 64 de tortura y 110 detenciones ilegales. (www.soaw.org/grads/).

paramilitar de ex guardias nicaragüenses exiliados y conducir ataques encubiertos contra Nicaragua desde bases situadas en Honduras y Costa Rica. La administración también invirtió millones de dólares en armas para las Fuerzas de Seguridad hondureñas. Los programas de ayuda militar se canalizaron preferentemente hacia los elementos derechistas, quienes, como sus patrocinadores de Washington, eran partidarios de la solución militar a los conflictos centroamericanos, y de reprimir la oposición interna de sus países. Aun cuando en Honduras no había insurgencia guerrillera de importancia, los militares de línea dura apuntaban a los estudiantes, los gremialistas, los campesinos y a cualquiera que perteneciese a partidos o grupos políticos considerados "izquierdistas". Usaban su fuerza y poder para detener, torturar y hacer desaparecer a los simpatizantes o a quienes creían que apoyaban al gobierno sandinista o a las guerrillas salvadoreñas.

En este ambiente altamente militarizado, la SOA "no era la reina del tablero", según el general Woerner. Los oficiales hondureños recibían entrenamiento en varios otros escenarios. Iban a Taiwán, Guatemala y Argentina a participar en cursos sobre "seguridad nacional", y de inspección, vigilancia y técnicas de interrogación de los militares argentinos. También participaban en numerosos ejercicios de entrenamiento en gran escala con las fuerzas de los EE.UU., que tenían nombres como *King's, Big Pine,* y *Full Plate.* Algunos eran entrenados dentro de Honduras por equipos móviles de las Fuerzas Especiales, y un número no revelado de hondureños fueron adiestrados y dirigidos por agencias norteamericanas de inteligencia.

Las Fuerzas Especiales resurgieron durante la administración Reagan, después de haber caído en desgracia en la administración de Jimmy Carter. El equipo de entrenamiento móvil, OMTT, se convirtió en uno de los principales medios de adiestramiento de soldados latinoamericanos en Honduras y otras partes. Los defensores de las Fuerzas Especiales hicieron lo posible para que el programa IMET los subsidiara, y eventualmente prevalecieron. Argumentaban que un MTT era una forma más efectiva y menos costosa de entrenar a los latinoamericanos en sus propios países, especialmente en una época en que, debido a la deuda externa y a

la recesión económica, los gobiernos no podían, sin el subsidio de MTT, gastar en viajes y viáticos diarios para entrenar a un gran número de soldados en el extranjero. Además, aseguraban, el entrenamiento dado por las fuerzas especiales en los distintos países de América Latina respondía mejor a las necesidades específicas del lugar, lo que no era posible para las escuelas basadas en los EE.UU. Un mayor estadounidense que servía en Ecuador, por ejemplo, afirmaba que algunos equipos y armas de manufactura norteamericana que usaban los militares latinoamericanos estaban obsoletos, y que ya habían sido reemplazados por nuevos modelos en ejército de los EE.UU. No obstante, el MTT podía ayudar a las fuerzas locales a operar y mantener en buen estado el equipo antiguo y hacerlo mucho mejor que las escuelas de EE.UU. continental. Agregaba que el uso de armas disponibles en las fuerzas armadas locales hacía menos probable que los grupos de entrenamiento se tentaran con equipos caros e innecesarios para sus alumnos[57].

Sin embargo, a pesar de la creciente importancia de las Fuerzas Especiales, los graduados de la SOA continuaron figurando en forma destacada en algunas de las más sórdidas acciones del conflicto centroamericano. En Honduras, un escuadrón de la muerte conocido como Batallón 3-16 fue acusado de la mayoría de las 184 desapariciones y ejecuciones atribuidas a las fuerzas armadas. Sus miembros incluían una cantidad de ex alumnos de la SOA. El Batallón 3-16 fue fundado a fines de los años 70, por ex alumnos de la SOA y el que pronto sería comandante de las fuerzas armadas hondureñas, Gustavo Álvarez Martínez, quien a menudo elegía a sus víctimas. A fines de los años 70, Álvarez se había ganado la reputación de "hombre de cuidado". La embajada de los EE.UU. lo consideraba uno de los mejores oficiales del ejército hondureño (Schulz & Schulz 1994:85). Un cruzado anticomunista de la línea dura, Álvarez estudió operaciones policiales en Washington, patrocinado por programa de la controvertida Oficina de Seguridad Pública, antes que el Congreso lo eliminara a raíz de posteriores

---

57 *IMET Policy Guidance*. Cable enviado por el oficial de enlace de la misión en Quito, Ecuador, al Comandante en Jefe de SOUTHCOM y Grupos Militares de los EE.UU. en América Latina. Mayo 16, 1984. Record Group 338, box 556. Accession N° 338/95/556, nombre de archivo: *Army Program*, 1984. Washington National Record Center, Suiteland, MD.

descubrimientos sobre la brutalidad de algunos graduados[58]. Álvarez recibió adiestramiento también en Fort Benning, donde, en 1976, tomó un curso en operaciones conjuntas en la Escuela de las Américas, y pasó una corta estadía en la Academia Militar Nacional de Argentina, que lo expuso al pensamiento de extrema derecha de los militares argentinos (Schulz & Schulz 1994).

Álvarez estableció el Batallón 3-16 con la ayuda de la CIA y el FBI. De acuerdo al ex oficial de inteligencia y miembro del batallón 3-16, Florencio Caballero, 25 reclutas hondureños recibieron entrenamiento de inteligencia encubierta, en una ubicación no identificada del suroeste de los EE.UU., donde recibieron instrucción en técnicas de interrogatorios y supervisión, dada por instructores estadounidenses. Estos hombres regresaron a Honduras a trabajar en el Batallón 3-16, y continuaron su entrenamiento con la asesoría de instructores argentinos y norteamericanos. El Batallón 3-16 empleaba un *modus operandi* que se asemejaba a las tácticas de los escuadrones de la muerte de Argentina. Pequeños grupos seguían a sus víctimas por días, e incluso semanas, antes de que sus agentes, conduciendo vehículos con patentes robadas, los secuestraran y llevaran a cárceles clandestinas, donde eran torturados, interrogados y, generalmente, ejecutados. Los cuerpos eran botados en los caminos o en tumbas sin marcas. Según Caballero, los militares hondureños notificaban a la CIA cuando raptaban a izquierdistas sospechosos, y tanto Caballero como Inés Consuelo Murrillo, una víctima del Batallón 3-16, que sobrevivió a casi tres meses de tortura, declararon que personal estadounidense participó en el interrogatorio de los prisioneros. Un individuo conocido como "Mister Mike" interrogó a Murrillo en su celda, y aunque no la torturaron en su presencia, su estado físico de extrema debilidad era una clara indicación de haber sido gravemente abusada (Human Rights Watch 1994; Cohn y Thompson 1995).

El general Álvarez no fue el único miembro de alto rango del Batallon 3-16 en recibir entrenamiento en la Escuela de las Américas. Algunos de los comandantes de los escuadrones de la muerte asistieron a muchos de sus cursos. Juan López Grijalba, por ejemplo, estudió en la SOA en cuatro diferentes ocasiones entre

58 Ver Huggins para mayor información acerca de este programa y de cómo operaba en Brasil.

1963 y 1975. En 1978, dirigió la Dirección Nacional de Inteligencia (DNI), principal división operativa de la fuerza policial controlada por el ejército (FUSEP). La FUSEP, por su parte, coordinaba las actividades de la DNI y el Batallón 3-16. López Grijalba se convirtió entonces en Jefe de Inteligencia de las Fuerzas Armadas en 1982, el mismo año en que viajó a Argentina "por asuntos de inteligencia"[59]. Como jefe de inteligencia, López Grijalba aparentemente transmitía las órdenes de Álvarez a los operativos del escuadrón de la muerte y supervisaba sus actividades[60]. Los generales Bali Castillo y Discua Elvir también participaron en numerosos cursos de la SOA en los años 60 y 70, antes de asumir el mando del Batallón 3-16 en los años 80. Bali tomó los cursos de Defensa Interna, Operaciones Conjuntas y el curso emblemático de la SOA: *Command and General Staff course* (Curso para Comandantes y Oficiales de la Plana Mayor). Discua estudió en la Escuela cuando era cadete; luego regresó tres veces a tomar los cursos de Operaciones en la Jungla, Guerra No Regular, e Inteligencia Militar.

La frecuencia, facilidad y fluidez con que el personal militar hondureño circulaba entre la Escuela de las Américas y otras escuelas de servicio basadas en los EE.UU., el entrenamiento clandestino auspiciado por la CIA, los cursos enseñados en Honduras por instructores estadounidenses y argentinos, las escuelas militares de los aliados de los EE.UU., y el Batallón 3-16, sugieren que las brutales tácticas de contra-insurgencia se originaban y difundían desde numerosos lugares aprobados por los EE.UU. La Escuela de las Américas no era la única. La circulación de personal militar entre estos centros de entrenamiento provoca gran cantidad de interrogantes como, por ejemplo, ¿eran los miembros del Batallón 3-16 reclutados por la CIA para recibir entrenamiento especial? ¿Qué relación había entre la CIA y la Escuela de las Américas? ¿En qué medida los contactos entre el futuro Batallón 3-16 y la CIA se había establecido en SOA y otras escuelas militares

---

59 *Honduran G-2 Enroute to South America*, Department of Defense Declassification Document # 16, Batch DC 38, National Security Archives, , D.C.

60 Aun después de que la existencia del Batallón 3-16 se hiciera pública y que López Grijalba fuera implicado en sus actividades, se le invitó a hablar en la Escuela de las Américas en 1991 y 1992.

norteamericanas? Las respuestas a estas preguntas puede que nunca se sepan con certeza, pero los cursos de Inteligencia, Operaciones de Guerra No Regular y Defensa Interna, que tomaron algunos miembros del Batallón 3-16 en la Escuela de las Américas, evidentemente los preparó para lo que ocurrió después.

Los oficiales hondureños que participaban en el Batallón 3-16 y subieron al poder en los años 80 no solo recibieron un extenso entrenamiento militar estadounidense, también eran oficiales de la línea dura que compartían la visión geopolítica de los EE.UU., una visión nutrida y estimulada por su entrenamiento militar. Ellos aceptaron con gusto la intromisión de los EE.UU. a cambio de grandes cantidades de dinero en ayuda militar, las cuales, con frecuencia, terminaban en los bolsillos de los comandantes de alto rango. No es de sorprender que en la medida en que el ejército hondureño se integraba a un aparato militar hemisférico controlado por los EE.UU., se hacía cada vez más poderoso en relación a las otras ramas del Estado de Honduras y, al mismo tiempo, más dependiente tecnológica, económica y políticamente de los EE.UU.[61] El resultado de todo esto fue que los EE.UU. podían intervenir en las disputas y rivalidades internas que plagaban al ejército hondureño e influir en la forma en que se resolvían.

Los oficiales hondureños forjaron estrechas, aunque conflictivas, relaciones entre sí en la Academia Militar hondureña, que fue creada con la ayuda de los EE.UU. en los años 50. A través de estas conexiones, los oficiales forjaban alianzas cambiantes, que configuraban patrones de movilidad y daban cuenta de sus tratos con los EE.UU. En las fuerzas armadas, las promociones eran fuente de conflictos internos y de intrigas, ya que los aspirantes competían por el poder y por las recompensas materiales que llegaban a ciertas posiciones clave dentro de una institución notoriamente corrupta. "Los puestos apetecibles", como alguien los describió, incluían los del aparato de inteligencia, porque éstos permitían a los oficiales monitorear a sus competidores militares y también a reprimir a los supuestos subversivos; además, los EE.UU., como hemos visto,

[61] Esto mismo sucedió en otros países. Ver, por ejemplo, Richani (2000), para obtener información sobre Colombia, y Huggins (1998), para Brasil.

ejercían enorme poder en éste ámbito. Varias instituciones de la burocracia estatal, como por ejemplo, el Servicio de Aduanas, la oficina de inmigración y la Compañía de Teléfonos, eran también fuente de enriquecimiento personal, aunque los militares usaban el pretexto de la "seguridad nacional" para justificar su control sobre ellas..

Ser graduado de SOA era importante para las ambiciones personales y políticas de los oficiales en carrera ascendente, pero nada era suficiente. Los alumnos de la Escuela de las Américas operaban en un espectro de poder que abarcaba desde las bases militares de Honduras a los centros de poder político y militar de Tegucigalpa y Washington D.C. En esta arena desigual y contenciosa, los oficiales transitaban por diferentes senderos. Algunos adquirían riqueza y poder –y a veces infamia–. Si alguien perdía en las luchas internas de poder y, además, no había logrado atraer la atención de los EE.UU., quedaba marginado y, a menudo, en una situación sin salida. El coronel retirado Juan Arias, por ejemplo, tenía desmedidas ambiciones que nunca logró realizar. Arias se graduó del curso de comando y oficialidad de la SOA, y se entrenó en otras instituciones militares en los EE.UU. Dirigió la FUSEP, entre 1975 y 1979, posición que, según él, en la línea de mando correspondía al próximo Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Honduras. Pero en vez de mayor poder y gloria, no solo lo pasaron por encima y no lo promovieron, sino que le dieron una posición de menor importancia. Entonces empacó y se fue a Washington D.C., donde pasó un año de "dorado exilio" en el Colegio de Defensa Interamericano. Cuando regresó a Honduras, fue forzado a un retiro prematuro. Observó el desarrollo de los eventos de los años 80 desde su hogar, en las colinas que dominan Tegucigalpa. Él sostenía que su pérdida de influencia en el ejército y su prematura salida de éste, se relacionaban directamente con sus opiniones sobre la nueva política norteamericana en Honduras. Él explicaba:

"Cuando fui comandante de FUSEP, se suponía que asumiría el puesto que se acostumbraba a llamar de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. Y porque esta suposición existía, y el panorama del sandinismo se dibujaba en Nicaragua, el embajador de EE.UU. solía almorzar conmigo, en mi oficina, un par de veces a la semana. Una vez me preguntó qué es lo que yo haría como jefe

de las fuerzas hondureñas, dados los problemas que surgían en Nicaragua. Le contesté que yo respetaba la Constitución y las leyes del país, y que no permitiría tropas extranjeras [nicaragüenses] en Honduras. Yo no quería que países tan débiles, tan pobres y tan pequeños empezaran a pelear entre ellos. De modo que no lo permitiría. A partir de ese momento, el embajador dejó de venir a almorzar con la misma regularidad. Luego empecé a perder poder dentro del ejército. Ellos [los militares] me nombraron ministro del Interior. Las cosas cambiaron. Ya no me era posible llegar a ser Jefe de las Fuerzas Armadas. Otros oficiales de menor rango estaban [ascendiendo]. El más importante era Gustavo Álvarez Martínez, quien asumió el comando de las Fuerzas Armadas. Lo que sigue es historia conocida".

La carrera de Arias difícilmente puede describirse como un fracaso. Sin embargo, su marginación dentro de las Fuerzas Armadas Hondureñas llegó en un momento crucial de las relaciones entre los EE.UU. y Centroamérica. Esto ilustra la forma en que las ambiciones personales y las luchas internas de los militares por el poder se conjugan con las agendas geopolíticas de Washington y con su capacidad para entrometerse en los asuntos internos de otros Estados. Estos encuentros, que se entrelazaban y que eran extremadamente desiguales, configuraban un amplio rango de posibilidades para diversas personas de las fuerzas armadas, posibilidades que veces se abrían y otras, se cerraban. El entrenamiento que el personal militar recibía en la SOA y las conexiones internacionales que establecían en la Escuela formaban parte de estos procesos y son el tema de los próximos dos capítulos.

Capítulo VI
Alianzas estratégicas

"Sería un error no mantener la Escuela de las Américas", comentó el general retirado colombiano Alberto González Herrera. "La Escuela sirve de estímulo a muchos oficiales meritorios. Van con sus familias y se les paga en dólares, lo que es una ventaja. Además, allí se conectan con gente de otros países". González se refería al curso emblemático de la SOA, el CGS, el curso de un año para Comandantes y Oficiales de la Plana Mayor del Ejército. "Yo no creo que lo que los muchachos aprendan mucho o que sea particularmente importante", continuaba. "Tal vez aprendan muchas cosas, pero eso tiene una importancia secundaria. Lo más importante, al fin de cuentas, son las relaciones que establecen... La Escuela, además, permite a los EE.UU. tener a los futuros líderes de [América Latina] y a sus Fuerzas Armadas en sus manos. Si [los comandantes estadounidenses] no piensan en eso, cometen un error".

González conocía muy bien el tema, pues había asistido a la Escuela de las Américas en varias ocasiones, y en 1973 había tomado el curso CGS. "Cuando estaba en servicio activo", decía, "había [alumnos que habían ascendido a] coroneles y generales, que tomaban el curso conmigo. Luego, cuando llegué a comandante y viajaba, por ejemplo, a Argentina o Brasil, ahí me encontraba con antiguos compañeros. Eso tiene más importancia estratégica y política que las materias que aprendimos en las clases". Como oficial de la plana mayor, González también influía en la selección de los soldados colombianos que enviarían a la SOA, y lo que más le interesaba era establecer conexiones entre las fuerzas armadas

colombianas y otros ejércitos del continente, especialmente con los EE.UU.

González y yo conversábamos sentados en confortables sillas de cuero, junto a una mesa de café, en la lujosa oficina de su colega, el general Néstor Ramírez Mejía, Segundo Comandante de las Fuerzas Armadas colombianas. Transcurría el mes de agosto del 2001, y la guerra civil de 40 años se intensificaba con la ayuda de millones de dólares que el ejército de los EE.UU. enviaba para lo que Washington describía como una guerra antidrogas. Ramírez, un distinguido graduado del CGS de 1985, jugaba un papel clave en la guerra financiada por los EE.UU., cuyo principal enemigo no eran tanto los traficantes de drogas como las guerrillas izquierdistas opositoras al Gobierno. En sus conversaciones conmigo, ni él ni otros altos mandos colombianos graduados del curso CGS mencionaban mucho el tema de las drogas o de los traficantes. En cambio, tenían mucho que decir respecto a las guerrillas, especialmente sobre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el más antiguo y mayor movimiento subversivo del país. Ramírez, González y sus colegas eran enemigos acérrimos de las guerrillas. Los informes sobre derechos humanos, testifican la extrema brutalidad que emplearon las fuerzas armadas en su combate contra los grupos subversivos. De acuerdo a numerosas organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos, las Fuerzas de Seguridad estatales y aliados paramilitares, fueron responsables de la mayoría de las desapariciones, masacres y ejecuciones que se llevaron a cabo en Colombia, uno de los más violentos lugares del planeta (ver Capítulo 8).

Antes de escoltarnos a González y a mí a su oficina interna y comenzar la reunión, Ramírez disertó por cerca de cuarenta y cinco minutos, al lado de un retrato de Jesús, sobre la guerra, las organizaciones de derechos humanos y las guerrillas. Dijo que la política oficial militar le impedía hablar contra las organizaciones de derechos humanos que estaban, según afirmaba, aliadas con las guerrillas. A pesar de ello, a medida que se iba entusiasmando con el tema, la política oficial recién citada no parecía restringir los comentarios que nos hacía en la privacidad de su oficina. Ramírez se mostraba molesto por el trato dado a un oficial de ejército

–General Rito Alejo del Río–, compañero suyo. Según contaba, después de introducirse en su casa, las fuerzas policiales colombianas se lo habían llevado esposado. A este oficial –que había sido cadete de la SOA en 1967– se le había probado que desde hacía muchos años mantenía vínculos con escuadrones de la muerte paramilitares. Hacía tiempo que varias organizaciones de derechos humanos solicitaban su arresto. Su reciente detención se debía a la presión internacional de que era objeto el gobierno colombiano a fin de que cortara sus lazos con los paramilitares. El arresto había causado consternación entre hombres como Ramírez, porque Del Río era el oficial de más alto rango jamás detenido a causa de sus vínculos con los paramilitares. A nadie sorprendió, sin embargo, que lo dejaran en libertad menos de una semana después de su arresto, y que el coordinador de la Oficina General de Derechos Humanos fuese obligado a renunciar por haberlo detenido. Aun así, Ramírez seguía indignado.

Ramírez culpaba a las organizaciones de derechos humanos de los problemas de Del Río. Varios grupos jesuitas de Colombia, insistía, estaban vinculados a las guerrillas; sostenía, además, que cuerpos internacionales como *Human Rights Watch/Americas* (Vigilantes de los Derechos Humanos de las Américas), estaban dirigidos por "marxistas". Según Ramírez, el general Del Río era un distinguido oficial que había "pacificado" Urabá, una región particularmente conflictiva del país, y las humillantes circunstancias de su arresto constituían una injusticia. A Ramírez, sin embargo, no le parecía mal la inhumana violencia ejercida por un batallón de paramilitares comandados por Del Río, cerca del pueblo de Apartado, ni mencionaba la situación de los civiles del lugar que, viéndose acosados, en repetidas ocasiones solicitaron en vano la protección del ejército.

Hombres como Ramírez y González jugaban un papel clave en la implementación de las políticas norteamericanas en Colombia y otros lugares. Y es en el curso CGS donde el ejército estadounidense cultiva este tipo de relaciones. El curso es ideal para recabar información acerca de los oficiales que lo toman, sobre sus carreras, qué proyecciones tienen y con cuáles colegas se relacionan.

Este curso, que debe ser tomado en un centro de entrenamiento militar –doméstico o extranjero–, es un requisito, en todos los ejércitos de América, para ascender a coronel. La admisión en el curso CGS, por tanto, hace o deshace las carreras de los oficiales que aspiran a los rangos más altos de las fuerzas armadas. El curso es el más largo y prestigioso ofrecido por la SOA, y pone en contacto a los militares latinoamericanos y a sus familias con los militares estadounidenses durante un año. Los objetivos de la SOA no se limitan al entrenamiento militar y a la incorporación de los oficiales dentro del aparato militar dominado por las fuerzas armadas estadounidenses. También incluyen aspectos culturales de los estudiantes y sus dependientes. En este sentido, uno de los objetivos que persigue es acabar con los sentimientos nacionalistas, crear nuevas redes sociales transnacionales de oficiales, y extender los valores que se asocian al Estilo de Vida Americano a los futuros líderes militares de América Latina. El curso, por tanto, es un lugar ideal para conocer y comprender la formación del cuerpo de oficiales de más alto rango, los lazos que entre ellos existen y sus movimientos en el hemisferio occidental. Las relaciones que se forjan entre oficiales de los EE.UU. y sus pares latinoamericanos, ayudan a promover las políticas estadounidenses en el ámbito local; además, son importantes canales a través de los cuales los militares estadounidenses penetran las Fuerzas de Seguridad latinoamericanas y ejercen control sobre ellas.

Curso para Comandantes y Oficiales de la Plana Mayor del Ejército (CGS)

Cerca de novecientos oficiales latinoamericanos tomaron el CGS en la Escuela de las Américas entre 1955, cuando se daba en Panamá, y 1996. Muchos de estos estudiantes sirvieron en carreras que atrajeron poca atención pública; algunos, sin embargo, alcanzaron prominentes posiciones en sus respectivos ejércitos, y otros, considerable notoriedad. Por ejemplo, el general chileno Augusto Lutz, quien se graduó en 1966, participó en el golpe de Estado respaldado por los EE.UU. que derrocó a Salvador Allende en 1973. El coronel guatemalteco, Julio Alpírez, se graduó en 1989

y se convirtió en un importante contacto entre la CIA y el ejército guatemalteco. Mientras estaba en la nómina de la CIA, supervisó la prolongada tortura y ejecución del líder guerrillero Efraín Bámaca. Más recientemente, el comandante en jefe del ejército venezolano, Efraín Vásquez –un graduado CGS de 1988–, respaldó un golpe de Estado que depuso temporalmente al presidente Hugo Chávez. Hay fundadas sospechas de que los Estados Unidos se involucraron en este golpe.

La mayoría de los estudiantes del CGS provenían de cinco países – Venezuela, República Dominicana, Honduras, Guatemala, y Bolivia–. Estos países aportaron 630 oficiales, equivalente al 68 por ciento del total. En contraste, solo el 6 por ciento de los estudiantes vienen de países del cono sur: Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Paraguay. Brasil envió estudiantes al CGS solo a fines de los años 90. Colombia, El Salvador, México y Perú están en el tramo medio, con 22 por ciento del total de participantes: durante todo ese tiempo enviaron entre 27 y 37 estudiantes cada uno[65].

Debido a la función de guardabarreras del curso CGS, la admisión es altamente selectiva. Solo las estrellas en ascenso de las fuerzas armadas latinoamericanas consiguen entrar a este cuerpo de elite para jóvenes oficiales. La mayoría de los estudiantes toman el curso en sus propios países, donde típicamente se gradúan al tope de sus clases y entonces, debido a su rendimiento académico, distinción en combate o el favor de superiores, son recompensados con la oportunidad de matricularse en la Escuela de las Américas y tomarlo nuevamente en los EE.UU. El curso es, por consiguiente, no tanto una oportunidad de entrenamiento como un regalo por logros pasados para oficiales ya identificados como líderes potenciales. De acuerdo al comandante de la SOA, los latinoamericanos vienen a la Escuela porque quieren "jugar en las grandes ligas", y "codearse con el ejército más poderoso del mundo". Matricularse en la SOA es, para esos oficiales, como acudir a una escuela de posgrado de elite, que refuerza su fe en las cualidades superiores los alumnos seleccionados y que les da la oportunidad de establecer conexiones

[65] Ver la base de datos de los graduados de la SOA, en la *SOA Watch*, Washington, D.C. y National Security Archive, Gellman Library, George Washington University, Washington, D.C.

personales útiles para el futuro, desarrollar habilidades militares superiores y el tipo de cultura que se requiere para participar en una fuerza militar imperial de largo alcance.

El CGS es una copia del curso del mismo nombre que se da en Fort Levenworth, Kansas, principal centro de entrenamiento de oficiales estadounidenses, donde aproximadamente mil oficiales latinoamericanos tomaron una versión no-residente de la clase en el curso del siglo XX (Madden 2000). Los latinoamericanos representaban un 18 por ciento de los estudiantes extranjeros e incluían hombres como el general guatemalteco Héctor Naranjo, el notorio arquitecto de la campaña militar antisubversiva guatemalteca. En Fort Levenworth, todas las clases se enseñan en inglés, y a pesar de que los estudiantes latinoamericanos prefieren ir a Fort Levenworth, mucho no lo logran por no hablar el idioma y son enviados a la SOA.

Los latinoamericanos, sin embargo, no son los únicos estudiantes que toman el CGS en la Escuela de las Américas. A diferencia de otras ofertas de la SOA, al CGS asiste un buen número de oficiales estadounidenses. La participación de estudiantes estadounidenses se ha incrementado desde que la Escuela se mudó a Fort Benning y el Ejército acreditó este curso como equivalente a la versión de Fort Levenworth. Los oficiales estadounidenses ahora ocupan unos veinte lugares de un total de, aproximadamente, sesenta estudiantes por año. La admisión de los aspirantes a Mayor se basa en resultados de pruebas, evaluaciones detalladas de su desempeño en trabajos previos, proyecciones sobre futuro rendimiento y redes informales de comunicación que atraen la atención de los superiores. Estos oficiales compiten por 1.150 matrículas en Fort Levenworth y aproximadamente 75 cupos en otras instalaciones militares, incluyendo la Escuela de las Américas. Los que no son aceptados en ningún lugar, pueden tomar el curso por correspondencia o renunciar a sus esperanzas de convertirse en coronel. Comentando sobre la importancia estratégica de tener soldados estadounidenses en los cursos de la SOA, el comandante anterior, William DePaolo (1989 – 1991), explica que "la idea es tener oficiales que trabajen en América Latina, tanto en calidad de oficiales asignados al extranjero como oficiales –o sargentos– de las fuerzas especiales

El curso les hace sentir de antemano una especie de raport, y aun si no se encuentran con la misma gente, les da una idea de qué esperar y qué diferencias culturales y de costumbres existen. Además, [es una oportunidad] para perfeccionar sus conocimientos de lenguas extranjeras".

Si bien los latinoamericanos del curso CGS se preparaban para ocupar posiciones de liderazgo en sus respectivos ejércitos, los estudiantes de EE.UU. de la Escuela de las Américas –particularmente los euro-americanos– se sentían relegados a una charca que amenazaba con hundir sus carreras. Aunque apreciaban la oportunidad de tomar el curso CGS, la mayoría hubiera preferido hacerlo en Fort Levenworth, que se identifica más con los euro-americanos del Ejército, y que abre mejores oportunidades para ocupar puestos en Europa en armas de combate que conlleven deberes de comando. Fort Levenworth ubica a los estudiantes de EE.UU. en una sección residencial especial del curso, y les otorga pases de acceso al material de alta seguridad, de modo que puedan estudiar materias que no forman parte del currículum de la SOA. A los estudiantes extranjeros se los segrega a una sección de no-residentes con menos restricciones por razones de seguridad.

La ambivalencia de los oficiales estadounidenses respecto a la SOA se refleja en las quejas de los administradores, quienes se sienten mirados en menos y "creen que se están perdiendo cosas que podrían obtener en otra parte". Cuando el comandante de SOA, Glen Weidner, se graduó en la SOA en 1986, esperaba que lo asignaran a Europa. El ejército, sin embargo, lo envió a Panamá, y de ahí en adelante su carrera permaneció circunscrita a América Latina. Cuando le pedí que me explicara por qué una asignación a América Latina no era tan buena para ascender en las fuerzas armadas, se exasperó y replicó que "en algún momento uno debe crecer".

Como otros cursos en la SOA, el curso CGS usa traducciones al español hechas y usadas en Fort Levenworth, pero los funcionarios censuran los temas delicados que contienen esos manuales a causa de la controversia política en la que se vio envuelta la Escuela. El comandante anterior, coronel Roy Trumble (1995-1999), sostiene que el currículum es "más liviano, dulce y amable

que el mismo currículum que se usa en otras partes"; dice que a los latinoamericanos la Escuela se los da con "sabor a vainilla... para asegurarnos que no piensen nada malo de nosotros". Trumble, quien tomó el curso CGS en Fort Levenworth, asegura que "el Curso para Comandantes y Oficiales de la Plana Mayor al que fui en Fort Levenworth, entregaba contenidos más duros. Había más discusión abierta sobre inteligencia militar, operaciones especiales y muchos otros temas". Cuando le pedí ejemplos específicos, continuó:

"Había un seminario en el cual se exponían trabajos de cuatro o cinco de nosotros. Uno de ellos era partidario del control de la población civil, y hablaba de cómo la guerra antiguerrillas debía ser dura, y de que la suspensión de los derechos civiles era necesaria como regla, no como excepción. Se refería a todos los programas controversiales de Vietnam, como el programa estratégico Hamlet o el Phoenix... y afirmaba que eran necesarios. Nosotros hemos dejado fuera todos esos temas, no se los pasamos a nuestros alumnos; no tratamos nada que se preste a controversias y que pueda tener alguna significación política en términos de derechos humanos. En Fort Benning la cosa es distinta; en Fort Levenworth y en el Colegio del Ejército de los EE.UU. tampoco son tan sensibles a estos temas".

Desde que estalló la controversia sobre derechos humanos en la SOA, los oficiales han adoptado diversas estrategias para vérselas con los críticos, como por ejemplo filtrar los contenidos de los cursos y cambiarles el nombre a los más controversiales (ver capítulo 9). Esta aparente preocupación por los derechos humanos no llega a las escuelas de entrenamiento menos expuestas a la crítica pública. Trumble no se explayó sobre las implicancias que esa instrucción más "dura" tiene en el comportamiento de los soldados estadounidenses que se gradúan de esas escuelas[66].

El curso CGS está dividido en una serie de bloques pedagógicos que enseñan las habilidades fundamentales requeridas por los comandantes de campo y brigadas –y oficiales de división–. A lo largo de los años, la categorización del material ha variado de

[66] La carrera de Trumble se había desarrollado en las Fuerzas Especiales, y antes de trabajar en la SOA, en los años 70 y 80, había trabajado con las Fuerzas Especiales que operaban en la Zona del Canal de Panamá. Al dejar la SOA, fue asignado a Colombia, donde trabajaba en el año 2001.

acuerdo al desarrollo político y los cambios introducidos en la doctrina militar. En el catálogo de la SOA de 1964, por ejemplo, el contenido del curso se dividía en quince áreas, en las cuales "Fundamentos de inteligencia militar", "Fundamentos de contrainsurgencia" y "Operaciones antisubversivas" ocupaban 189 horas de instrucción o el 15 por ciento de las ofertas de cursos (SOA 1964); pero en el año 2000, esas categorías desaparecieron o aparecieron en otras divisiones[67]. Un catálogo para estudiantes indicaba que Tácticas, Estrategia, Relaciones cívico-militares y un trabajo final sobre un tema de libre elección, sumaban 60 por ciento de la nota final del curso. A pesar de la variación, ha habido un considerable grado de continuidad en las clases. Una parte muy importante del curso se enfoca en Planeamiento, Logística, Liderazgo y Administración de recursos, temas que constituyen algunas de las mayores responsabilidades de los oficiales de la plana mayor. La clase también incluye una mezcla de técnicas de guerra regular y de las llamadas irregulares.

La considerable preocupación por la guerra regular, por acciones tales como las de gran escala y operaciones combinadas de nivel de brigadas, divisiones y destacamentos, sirven para demostrar la fuerza y capacidad organizativa del ejército de los EE.UU. a los estudiantes latinoamericanos, y permite a los oficiales latinoamericanos experimentar indirectamente el poder de los EE.UU. a través de ejercicios simulados y proyectos diseñados en clase. En realidad, esas operaciones están a menudo fuera del alcance de muchos ejércitos, pues no son lo suficientemente grandes como para tener divisiones y destacamentos. Los ejércitos son típicamente el segmento mayor de esas fuerzas armadas, y la ausencia o lo anticuado de las otras ramas de servicio, limitan el desarrollo de ejercicios combinados. Sin embargo, el énfasis que el CGS pone en las operaciones de gran escala de la guerra regular, sitúan a las fuerzas armadas latinoamericanas dentro de la jerarquía del poder militar hemisférico y, como sugiere el comandante, da a

[67] Ya en los años de 1970, el Defense Department (Ministerio de Defensa), en respuesta a las críticas a los contenidos inapropiados que se enseñaba a los alumnos latinoamericanos, le cambió el nombre a los cursos que se enseñaban en las escuelas de entrenamiento militar ubicadas en Panamá (Schoultz 1981: 232-233).

los oficiales de rango medio una oportunidad de "jugar en las grandes ligas". La afiliación del estudiantado a un ejército de "liga mayor", se complementa y refuerza a través de visitas a importantes instalaciones militares dentro del país e internacionales, que se llevan a efecto durante el año.

En un nivel más práctico, el curso CGS enseña a los estudiantes a integrar las operaciones antisubversivas a planes estratégicos más amplios. Siempre se ha dado importancia a la "seguridad interna" a través de la vigilancia de las actividades que se desarrollan en el área de interés del ejército. Esta actividad se ha denominado de distintas maneras: operaciones antisubversivas, operaciones de guerra de baja intensidad, u operaciones-distintas-a-guerra, las cuales incluyen recabar inteligencia, operaciones psicológicas, técnicas de comando, acción civil, y pequeñas unidades de patrullaje. Debido a su entrenamiento militar previo, los estudiantes CGS conocen los elementos básicos de esas actividades; muchos de ellos ya han participado en éstas como comandantes de destacamento y compañía.

El curso de Comandantes y Oficiales de la Plana Mayor es, por consiguiente, no solo un paso importante en la carrera militar de elite. También prepara para desempeñarse en el área de administración, refuerza las profundas diferencias de clase que dividen a todos los ejércitos, y vincula más estrechamente a los estudiantes latinoamericanos con sus patrones estadounidenses. Muchos de los estudiantes estadounidenses y latinoamericanos son graduados de academias militares o policiales. En América Latina, esos centros de instrucción se basan en modelos militares estadounidenses y, como vimos en el capítulo 5, son fuertemente nacionalistas. Los centros de entrenamiento internacional como la SOA, deben manejar esos sentimientos nacionalistas inculcados en la formación militar previa. El ejército de los EE.UU. ha contribuido en gran medida a reforzar estos nacionalismos al canalizar billones de dólares en ayuda para la lucha contra supuestos enemigos internos. Los centros de entrenamiento internacional también tratan de incorporar y subordinar a los estudiantes a una más amplia visión de la solidaridad imperial. Pero el curso CGS es una importante arena donde la arrogancia imperial de los EE.UU. choca con las pretensiones nacionalistas de los militares latinoamericanos.

El grupo CGS 2000

A comienzos de enero del 2000, la Escuela de las Américas vuelve a la vida después de unas tranquilas fiestas de fin de año. Los estudiantes CGS van llegando a Georgia desde sus hogares en América Latina y EE.UU., y se dedican a equipar sus casas, a matricular a sus hijos en el colegio, a obtener licencias de conducir, tomar cursos y otras tareas rutinarias. El curso constaba de sesenta y dos estudiantes, uno de los más numerosos de los años recientes. La mayoría venían del ejército, pero también había dos mayores de la Fuerza Aérea, cuatro oficiales de las Fuerzas Especiales, y cuatro hombres de la Guardia Nacional. Los restantes treinta y cuatro oficiales eran latinoamericanos y representaban a diez países: Argentina(1), Bolivia(10), República Dominicana(4), El Salvador(2), Honduras(1), México(2), Perú(2) y Venezuela(7). Al igual que sus compañeros de clase estadounidenses, la mayoría provenía del ejército, pero un contingente boliviano llegó con siete policías de la Fuerza Policial Militarizada, creada en años recientes para controlar a los campesinos militantes, cultivadores de coca.

Entre los oficiales CGS se daba un amplio rango de especialización. La mayor Carmen Estrella –una oficial de inteligencia norteamericana– era especialista en operaciones psicológicas (PSYOP) y era graduada del programa de entrenamiento de Fort Bragg para especialistas en PSYOP. Veterana de la guerra del Golfo (1991), Estrella sufría problemas de salud asociados al "síndrome de la Guerra del Golfo", pero encontraba poca simpatía en muchos de sus superiores, quienes afirmaban que tal síndrome no existía. Cuando le pregunté cómo se siente ser la única mujer en el curso, respondió que no era una experiencia nueva para ella. "Yo simplemente les digo que me traten como a uno más de los muchachos", dijo, "pero, por supuesto, ellos no lo hacen".

Otro mayor estadounidense, Rafael Torres, también se especializaba en inteligencia. Torres decía que él había trabajado en el Pentágono y planeaba volver a fin de año. En los años 80, operaba en Nicaragua con los "Contras". Luego se había mudado a El Salvador, donde, desde 1989 a 1992, había asesorado al ejército salvadoreño en su guerra contra los guerrilleros del Frente de

Liberación Farabundo Martí. Su base se localizaba en el pueblo de San Miguel y era responsable por las actividades de inteligencia y contrainteligencia para toda la región este del Río Lempa. Esos deberes incluían instruir a los militares salvadoreños en cómo interrogar y reinterrogar a los prisioneros.

El mayor Thomas Danek era uno de los dos oficiales de la fuerza aérea estadounidense en el curso. De treinta y tantos años, cara de niño y regordete, Danek era un piloto recién salido de la "Black World", nombre que la fuerza aérea daba a las operaciones ocultas y estrictamente secretas. Todos los días, durante cuatro años, se había presentado al trabajo vestido de civil al edificio del centro de Las Vegas alquilado por la Fuerza Aérea. Sus superiores le prohibían discutir su trabajo con nadie, ni con su esposa, y si le preguntaban por su ocupación, solo podía contestar que trabajaba en "ensayo de sistemas". Era para todos evidente que Danek disfrutaba la naturaleza secreta de su trabajo y que se daba importancia dejando entrever las múltiples coberturas que protegían sus actividades. Sus bravatas dejaban en evidencia las rivalidades que se suscitaban entre los distintos servicios; se mofaba de los Rangers y de sus pretensiones de que realizaban un trabajo realmente clandestino. Decía que los "clientes" venían a su oficina "porque no querían tratar con los Rangers".

El mayor estadounidense Paul Dececco era un oficial de infantería y graduado del programa del ejército *Foreign Area Officers Program* (Programa para Oficiales del Área Exterior). Por sus siglas en inglés, se daba a los oficiales en sobrenombre de FEO (en español). Los FEOs no solo portaban su designación de rama –infantería, en el caso de Dececco– sino también se especializaban en un área del mundo donde luego cumplían misiones político-militares. El ejército de los EE.UU. recomendaba a los estudiantes FEOs estudiar en una academia militar de la región de su especialización. Dececco había tomado el "Curso Avanzado" de 6 meses en el ejército guatemalteco, en el cual había estudiado con cerca de sesenta experimentados capitanes y mayores guatemaltecos. No se formó una buena impresión de sus compañeros: "Ellos plagiaban como locos", decía. Aun así, el curso cumplía varios propósitos útiles más allá del entrenamiento militar, como por

ejemplo, decía, el de ser un excelente medio para tomar contacto con oficiales guatemaltecos que empezaban sus carreras, lo que le daba la oportunidad de observar el desarrollo profesional del cuerpo de oficiales. A pesar del desagrado que le producía la tendencia el plagio que observó en los guatemaltecos, no parecía molestarle estudiar con un ejército que tenía uno de los peores historiales del mundo en materia de derechos humanos.

El coronel dominicano Víctor Rodríguez era el único coronel y el oficial de más alto rango del curso. Había venido a la SOA porque necesitaba ausentarse de la República Dominicana durante el período de transición política. Rodríguez quería minimizar su asociación con el gobierno actual, por si perdía las próximas elecciones, y fortalecer sus oportunidades de trabajar con cualquiera que fuese el partido victorioso. El CGS le era de gran utilidad pues le permitía desaparecer por un año y evitar compromisos, o la apariencia de compromisos, con los contendores políticos. Era, además, me aseguraba, más prestigioso estudiar el curso para Comandantes y Oficiales de la Plana Mayor en la SOA que en su equivalente de República Dominicana. Debido a su rango, Rodríguez se convirtió en el vocero oficial de los estudiantes CGS, a quienes representaba en los eventos y ceremonias oficiales

En el grupo boliviano había hombres como el mayor Julio Miranda, miembro de la Fuerza de Policía Militarizada, que operaba en las primeras líneas de la guerra de EE.UU. contra los cultivadores de coca de la región de Chapare (ver capítulo 8). El mayor de ejército Pacello era otro miembro del grupo boliviano. Pacello sentía poco respeto por policías como Miranda, quienes, pensaba, no estaban calificados para el curso CGS. Su admiración por los militares estadounidenses se mezclaba con una cierta frustración y enojo por la incapacidad que demostraban para entender, desde perspectivas diferentes a las propias, lo que ocurría en América Latina –particularmente en países con tantos conflictos, como era el caso de Bolivia.

A los ex alumnos del ejército y de las academias de policía, tanto estadounidenses como latinoamericanos siempre se los asocia con sus compañeros de promoción. En América Latina, los ex alumnos de la misma promoción se reconocen como colegas de

por vida –al menos teóricamente– y sus caminos profesionales se cruzan constantemente. Todos participan de las mismas instancias de perfeccionamiento militar requeridas para ascender en la jerarquía militar. El curso CGS es una de estas instancias. Ya han transcurrido diez a quince años desde que dejaron la Academia Militar; han tomado cursos adicionales de perfeccionamiento en sus países de origen, en diversas escuelas de servicio en los EE.UU., incluyendo la SOA, y en otros países, tales como Taiwán, Argentina, España y Chile. Entre los estudiantes del curso 2000, por ejemplo, el mayor boliviano Oscar Pacello, cuando era capitán, había tomado en la SOA, en 1994, un curso de tres meses en inteligencia militar, del cual se había graduado con honores. Luego, retornó un año después para participar en Operaciones Psicológicas. Su compañero de curso, el mayor dominicano Luis Rafael Abréu, había estudiado tácticas básicas de infantería en 1985. Esos interludios educacionales normalmente se intercalan con tareas de comando, Estado Mayor y de enseñanza en sus países de origen.

Una vez que se han matriculado en el curso 2000, que han efectuado la visita protocolar a la oficina del comandante y asistido a varias sesiones de orientación, los estudiantes se clasificaban entre sí, dando mucha importancia a las condecoraciones, parches e insignias que lucen los uniformes de sus compañeros. Los accesorios ofrecen un importante mapa de la carrera del individuo, y entrega información clave respecto al rango y logros de estudiantes que competirán por los premios y honores de fin de año. También los ayuda a formarse una opinión del otro, antes de que surjan los típicos grupos de personas afines, antes de que aparezcan las animosidades y amistades que, atravesando las alianzas nacionales, determinarán las dinámicas grupales durante los próximos once meses.

Los administradores de la SOA seleccionaban a un grupo de alumnos estadounidenses nuevos para que ayudaran a los latinoamericanos a ajustarse a la vida en los EE.UU. y para que establecieran relaciones con ellos. Debido a su experiencia en Guatemala, el mayor Dececco, por ejemplo, se convirtió en el estudiante del CGS responsable del piloto de helicóptero guatemalteco teniente coronel Octavio Galindo, quien también asistía al curso. El otro guatemalteco, mayor Luis Juárez, fue

asignado al mayor de la Guardia Nacional, Michael Montoya. Ambos, Galindo y Juárez, habían ya tomado el CGS en Guatemala y eran veteranos de la guerra civil de ese país. El bajo y bigotudo Juárez, quien se graduaría primero de la clase, pertenecía a una selecta fuerza especial del ejército conocida como los "Kaibiles"[68]. Decceco y Montoya debían "ejemplificar los valores militares estadounidenses" (p. ej. servicio generoso, cumplimiento del deber, honor, integridad y respeto) y ayudarlos, a ellos y a sus familias, a establecerse en Columbus. Las obligaciones de los responsables, por tanto, eran a la vez prácticas e ideológicas.

El coronel Weidner recordaba sus días en el curso CGS, a fines de 1985, cuando él y sus compañeros estadounidenses se reunieron con el Comandante y el Director del curso CGS a propósito de la llegada de un nuevo contingente de estudiantes latinoamericanos al curso 1986. Los oficiales querían que Weidner y sus pares comprendieran la tarea que recaía sobre ellos. De acuerdo a Weidner, "El comandante de entonces me dijo a mí y a mis siete compañeros de curso [CGS] que la razón por la que estábamos ahí era para transferir valores a los oficiales latinoamericanos. Ellos debían volver a sus países no solo conociendo nuestra doctrina sino también entendiendo nuestro rol en una sociedad democrática. Eso me impresionó", decía. "A nadie le cupo la menor duda de que se trataba de un esfuerzo redentor en favor de los latinoamericanos..."

El intento del ejército por "redimir" a los latinoamericanos continuaba en las familias anfitrionas, quienes complementaban este trabajo de ayuda, de resolución de problemas y la etapa inicial de adoctrinamiento de los estudiantes a su cargo. Los funcionarios de la Escuela seleccionaban a las familias anfitrionas de una lista de aproximadamente 60 civiles y militares retirados que residían en el área del gran Columbus, y luego asignaban una familia a cada estudiante latinoamericano y dependientes. El ex comandante de la SOA, José (Joe) Feliciano, había recibido a familias latinoamericanas en muchas ocasiones. Lo mismo había hecho Cory Loomis, un oficial retirado de ejército y anterior presidente del Programa de Patrocinio Familiar de la SOA. Loomis había trabajado con nueve instructores

68 Los Kaibies eran ampliamente conocidos por sus violaciones a los derechos humanos. Ver, por ejemplo, Manz, 1989.

invitados o estudiantes latinoamericanos del CGS y sus familias, en un período de doce años, y su experiencia y conducta resumen muchas de las características deseadas en este tipo de familias anfitrionas. Casado, con hijos, Loomis vive en un suburbio de Columbus y dedica mucho de su tiempo libre a un grupo de boy scouts. Es un sureño nativo que se enorgullece de su capacidad de hablar el inglés estándar, inglés "sureño", y el inglés vernáculo y rudo del ejército. También habla español, idioma que estudió durante cuatro años en West Point y perfeccionó en varios puestos que ocupó en la Escuela de las Américas en Panamá y Fort Benning, entre 1978 y 1986. En estos puestos sirvió como Comandante de Compañía, Jefe de Tácticas en el Departamento de Operaciones de Combate, y dirigió la oficina de Relaciones Públicas de la Escuela. Al momento de retirarse del ejército estaba muy familiarizado con la SOA y sus estudiantes.

Reflexionando sobre su participación en el Programa de Apoyo Familiar, Loomis decía que su relación con los estudiantes y sus familias a veces "encajaba y a veces no". Aunque su participación en el Programa dependía de su disponibilidad de tiempo, a Loomis le gustaba mostrar a las familias latinoamericanas "algunos de los eventos que tenían lugar en la comunidad local", incluyendo una carrera de obstáculos anual, los juegos de béisbol de los Atlanta Braves y parrilladas caseras en su hogar, con su familia. En numerosas ocasiones le tocaba ayudar a los estudiantes a resolver problemas que surgían durante su estadía en Georgia. A un hombre, por ejemplo, que compró un auto nuevo, y sin darse cuenta había firmado un compromiso de compra por cerca de mil dólares más de lo que valía el auto. Loomis había hablado con el vendedor y lo había convencido de rebajar el cargo adicional. Otro estudiante se había tenido que mudar a la base debido a que la moneda de su país había sufrido una drástica devaluación, pero al tratar de romper el contrato de alquiler de su departamento, el casero había rehusado reembolsarle el depósito. Loomis había solucionado el problema. A través de estos placeres y desagrados cotidianos, Loomis y otras familias anfitrionas introducían a los latinoamericanos a un trozo de la vida sureña de la clase media, generalizaban la experiencia a

"América" y los ayudaban a asimilarla. A la vez, la humanizaban dándole un toque amistoso, práctico y entretenido.

La educación cultural del curso CGS se extiende a esposas e hijos. De acuerdo a la retórica de las fuerzas armadas, "el ejército es una familia", y desde la guerra de Vietnam, el ejército de los EE.UU. da más importancia a los problemas familiares que puedan afectar la permanencia y prontitud para servir de sus soldados (Enloe 2000). Si las mujeres están satisfechas con sus vidas, es más probable que apoyen a sus maridos para que permanezcan en el ejército. Si se permitía a las esposas latinoamericanas participar junto a sus esposos en el "mundo moderno" de los EE.UU., era más probable que las familias permanecieran unidas y que ambos actuaran como representantes cosmopolitas del ejército de su país. Vivir en los EE.UU. también permite a las familias acumular un capital cultural que los distingue de sus pares civiles y militares en casa. Éste incluye la adquisición de mercancías baratas, visitas a Disney World, el Museo Smithsonian del Aire y el Espacio y a elegante centros comerciales, todo lo cual los ubica entre los prósperos ciudadanos del mundo moderno globalizado. Incluso, aunque en los EE.UU. algunos de los alumnos y sus parientes viven en los barrios pobres de Columbus o en las viviendas menos glamorosas de Fort Benning, la posibilidad de adquirir mercaderías, visitar lugares turísticos, dar a sus hijos la oportunidad de aprender inglés y asociarse con un superpoder moderno, los ayuda a identificarse con una visión cosmopolita de modernidad cuando regresan a sus países (O'Dougherty 2002). Desde hace mucho tiempo, los viajes y la vida internacional se han empleado como herramientas en la lucha de clases. Los EE.UU. también las usan para incorporar a su visión de mundo a los oficiales con carreras promisorias, y a sus esposas.

Para los niños de las familias que asisten al CGS, vivir en los EE.UU. significa la oportunidad de asistir a escuelas públicas gratuitas, comparables en muchos casos con los colegios privados en los que ellos estudiaban en su patria. Aun cuando la calidad de la educación en los suburbios de Columbus y los barrios pobres alrededor de Fort Benning no sea pareja, todos los colegios daban a los estudiantes extranjeros la oportunidad de aprender inglés,

importante herramienta para marcar distinciones de status en su país, y para lograr una reputación que se extiende a la próxima generación. La persona bilingüe parece más cosmopolita e inteligente, y se le abren una serie de oportunidades vedadas a quien conoce solo su lengua materna.

Patricia[69], una niña boliviana de ocho años que acompañaba a sus padres en la SOA, a fines de los años 90, aprendió inglés rápidamente en la escuela elemental de Fort Benning. Al volver a Bolivia, había ingresado a una escuela privada bilingüe. Cuando, en el año 2000, visité a la familia en Cochabamba para entrevistar a su padre, ambos, padre y madre, estaban muy orgullosos de su hija, y le pidieron que conversara conmigo en inglés. Patricia me contó, en un inglés casi perfecto, que lo había pasado muy bien en los EE.UU. y que no quería vivir en Bolivia. Cuando le pedí que me contara por qué, replicó que no le gustaba la gente pobre de las calles de Cochabamba; que le desagradaba verlos todos los días. La vida en EE.UU. era mejor porque no tenía que encontrar gente pobre todo el tiempo. Su madre estaba de acuerdo, y decía que el tiempo que pasaron en los EE.UU. había sido muy bueno porque, "le dio a la familia la oportunidad de conocer un nuevo estilo de vida", decía, "un estilo de vida moderno y orientado hacia el futuro, incluso en términos de cómo criar a los hijos". El hecho de saber inglés y de haber vivido en los EE.UU., sumado a la interpretación de esas experiencias que hacían sus padres, reforzaba en Patricia un sentido de distinción de clase y privilegio cosmopolita, y la situaba en un lugar aparte de las demás personas que frecuentaba en su ciudad natal.

La esposa del comandante, Marcia Weidner, dedica gran parte de su tiempo a mantener la moral y promover la cohesión social entre las esposas de los oficiales CGS, en cuyas relaciones influye el rango de sus maridos. Debido a que Marcia Weidner es la esposa más antigua, la SOA y su esposo esperan que ella se ocupe del bienestar de las familias de los oficiales y les transmita los valores de los EE.UU. Con este fin, cada cierto tiempo convida a estas señoras a desayunos, almuerzos o comidas, y les presta diversos servicios, tales como guiarlas por la ciudad, acompañarlas a la iglesia y obsequiar copias de su folleto *"What are you looking for?"*, [¿Qué

---

[69] Se ha usado un pseudónimo.

buscas?] a las que necesitan consejos prácticos sobre la vida en Columbus.

En una reunión almuerzo a la que asistí, había ocho mujeres reunidas en la sala de estar de los Weidner, un agradable lugar sombreado por tres grandes árboles, al borde del campo de golf de Fort Benning. Las mujeres traían trozos de una "colcha de la amistad" que estaban haciendo juntas y que dejarían de recuerdo a Marcia Weidner cuando regresaran a América Latina. En esa reunión, les pedí que me contaran sus impresiones sobre Columbus. Algunas de las respuestas más comunes fueron "la gente respeta la ley", "todo funciona aquí", y "hay mucho orden" en la ciudad, aunque algunas decían que les desagradaba la descortesía de los afroamericanos. Viniendo de mujeres a cuyos esposos se les había asignado desde hacía mucho tiempo la tarea de mantener el *statu quo* doméstico en América Latina, esos comentarios no parecían muy sorprendentes. En realidad, reflejaban la ansiedad, las molestias y vulnerabilidad que esas mujeres experimentaban en sus propios países.

La seguridad era un tema de especial importancia para la colombiana Ximena Castaño[70], quien estaba muy agradecida por la tranquilidad de los suburbios de Columbus y por el tiempo que su familia podía pasar junta. Ella explicaba que ella y sus hijos se veían forzados a vivir solos en Colombia porque los deberes de su marido como oficial de inteligencia le obligaban a recorrer todo el país, desgarrado por la guerra. En Columbus, por el contrario, llegaba a casa todas las tardes, cuando terminaban las clases. Los ojos se le llenaban de lágrimas al recordar las muchas ocasiones en que él se perdía importantes eventos de la vida de sus hijos, tales como fiestas de cumpleaños y celebraciones de Navidad. Su decepción estaba teñida de amargura. Apenas lograba ocultar la ira al describir los problemas que se suscitaban al regreso de su esposo a Bogotá, la capital de Colombia, cuando después de una prolongada ausencia intentaba retomar sus derechos como cabeza de familia. Los niños ya no lo veían como la principal imagen de autoridad, y la independencia que Ximena había desarrollado por necesidad, y que ella nunca había deseado ni considerado necesaria, le hacía

[70] Este nombre es un pseudónimo.

sentir incómodo. En ausencia de su esposo, Ximena había tomado sus propias decisiones respecto a qué, cómo y cuándo hacer las cosas, pero él esperaba que apenas ponía un pie en la casa todo volviera a ser como antes. Lo que encontraba, en cambio, era el resentimiento y la oposición de sus hijos y esposa.

Mudarse a Georgia y recuperar un estilo más tradicional, patriarcal, de familia, no resolvía todos los problemas, pero los suburbios ofrecían una medida de seguridad que la familia no había conocido en Colombia. A fin de cuentas, decía Ximena, ella no tenía que preocuparse de la seguridad de su esposo, y la familia estaba unida. Aunque otros países no experimentaban el nivel de violencia de Colombia, las largas separaciones familiares descritas por Ximena Castaño eran comunes en muchos ejércitos. Los continuos cambios de destinación mantienen a las familias de los militares latinoamericanos en permanente movimiento o separadas, lo que genera tensiones que no conducen a esa estrecha unión de la "familia militar", noción que tanto aman los propagandistas del ejército de los EE.UU. Otras mujeres del grupo repetían variaciones de la misma historia de Ximena; algunas enfatizaban que para ellas, la importancia de la SOA residía en la posibilidad de vivir junto a sus familias en un país donde el suministro de agua era confiable, los peatones cruzaban las calles en intersecciones marcadas, y donde prevalecía el orden.

En la Escuela de las Américas, las esposas CGS podían, además, promover la imagen del ejército que sus respectivos esposos representaban y suavizar la imagen de esas instituciones, de sus hombres, y de la SOA, haciéndolos aparecer menos brutales. Cuando el almuerzo en la residencia del Comandante estaba por terminar, una mujer guatemalteca –la esposa de un instructor invitado que enseñaba liderazgo a los estudiantes CGS– me regaló un recuerdo de Guatemala. El recuerdo era una obra de publicidad efectuada por la agencia turística guatemalteca INGUAT, que destacaba la foto de una joven indígena maya en una pequeña tarjeta. Atado alrededor de la tarjeta había un brazalete tejido –el tipo de arte indígena degradado que los guatemaltecos empobrecidos venden a los turistas– y bajo la foto las palabras: "Los guatemaltecos te invitamos a usar este brazalete de la buena voluntad, como

símbolo de nuestra amistad". Ninguna de las esposas percibió la ironía del regalo ni lo encontró extraño o inapropiado. De hecho, las mujeres guatemaltecas habían traído muchas de esas muestras de aprecio a los EE.UU., para distribuirlos entre sus conocidos. A pesar de la buena intención con que se hacían, estos regalos no dejaban de ser una cruel ironía. El ejército guatemalteco había asesinado decenas de miles de indígenas en los últimos 35 años de guerra civil, y los traumatizados sobrevivientes de las brutales tácticas militares les tenían mucho miedo a los militares[71]. Aun más, en el mundo intensamente ideológico de la SOA, donde borrar la historia se había convertido en una rutina y no existía respeto por los límites entre verdad y mentira, guerra y paz, genocidio y amistad, el gesto no extrañó a nadie.

Mientras las esposas socializaban, sus esposos ocupaban gran parte de su tiempo en la sala de clases. Habían empezado el curso CGS en febrero del 2000 y consagrado el resto del año –de lunes a viernes, 6:30 a. m. a 5:00 p. m.–, a escuchar lecciones, participar en pequeños proyectos grupales y debatir aspectos de la doctrina de los EE.UU. En ese contexto, en medio de la intensa interacción personal que de ellos se requería, los estudiantes de EE.UU. y latinoamericanos evaluaban a los demás e ideaban formas de trabajar juntos, o al menos de tolerarse mutuamente. El coordinador del CGS se preocupaba especialmente de mezclar a individuos de diferentes países, de acomodar los asientos de modo que no se produjeran *cliques* nacionalistas. Cada escritorio tenía una placa con el nombre del estudiante que debía ocuparlo, y cuando la clase se dividía en pequeños grupos de trabajo, estos debían ser lo más heterogéneos posible.

Las relaciones entre los estudiantes del CGS eran altamente competitivas, y el nacionalismo proveía el lenguaje mediante el cual se expresaba esta competencia. De acuerdo al comandante, "todos querían ser el número uno" a fin de año. Los nacionalismos articulados en SOA eran ideologías intensamente machistas, debido a que los estudiantes asociaban la fuerza de una nación con la

[71] De acuerdo a Greg Grandin, el Estado de Guatemala empezó a promover la cultura indígena como atracción turística alrededor de los años 1930. En esa época, las elites del Estado y del ejército empezaron a apropiárselo para sus propios fines, en calidad de "folclor".

potencia de sus fuerzas armadas, dominadas por hombres. Paradójicamente, esos nacionalismos eran alimentados por la vida diaria en los EE.UU. y por el entrenamiento en la SOA; por las mismas experiencias que incorporaban a los estudiantes a una sociedad global más amplia. A pesar de que el entrenamiento militar internacional permitía a los estudiantes latinoamericanos participar, aunque brevemente, en el "Sueño Americano", también les entregaba una mejor perspectiva de la subordinación de sus países y sus fuerzas armadas a un orden internacional dominado por los EE.UU. La riqueza de los EE.UU. y su sociedad orientada al consumo, subrayaban la pobreza de América Latina. El poder y alcance global del ejército EE.UU. ponían de relieve la mentalidad pueblerina de las fuerzas armadas latinoamericanas. Y la facilidad y frecuencia con que el personal militar de los EE.UU. circulaba alrededor del hemisferio, recordaba a los oficiales latinoamericanos sus mucho más limitadas oportunidades. Cuando los latinoamericanos apelaban a la "comunidad imaginaria" de la nación, la cual ellos decían representar, y a la solidaridad de un imaginario "nosotros", no hacían sino negociar su incorporación a un aparato militar imperial en términos más favorables para ellos. La retórica nacionalista era un intento por reclamar una medida de igualdad simbólica con los EE.UU., aun cuando, de hecho, se habían convertido en representantes subordinados de los EE.UU., y a pesar de las rivalidades que se daban entre ellos mismos, de las luchas por distinguirse de los demás. Tal como Calhoun escribía: "La idea de nación es inherentemente internacional y funciona, en parte, por la contraposición de diferentes naciones entre sí. La retórica nacionalista es una forma de conceptualizar la identidad de cada país, y presume la existencia de otras unidades más o menos comparables... Hace… de la nación local un símbolo de tipo global, a fin de equipararla a otras naciones" (Calhoun, 1997: 93, 94).

La ubicación de los alumnos en clases no era la única forma en que la SOA manejaba el nacionalismo de los estudiantes. Como viéramos en el Capítulo 2, los oficiales de la SOA rendían homenaje a las sensibilidades nacionalistas organizando celebraciones de fiestas nacionales y nombrando subcomandantes a latinoamericanos de diferentes naciones. Pero, al mismo tiempo, los subordinaban a

su propia agenda. Otra forma de controlar el nacionalismo era dándole primordial importancia al trabajo en equipo y a la cooperación, aspectos esenciales de la eficacia militar, especialmente dentro de un aparato militar global de tan amplio alcance. Un estudiante podía establecer su individualidad e identidad nacional solo dentro de los muy estrechos límites de conducta permitidos por el ejército y los imperativos de conducta prescritos por su rango. Este sistema ejercía una considerable presión para lograr obediencia y conformismo de los subordinados, ya que demasiado individualismo podía dañar la reputación de un hombre. En el área del liderazgo, por ejemplo, la SOA había diseñado un elaborado sistema de evaluación: los estudiantes se evaluaban mutuamente, y a la vez eran evaluados por los profesores y por el director del curso, basándose en cinco criterios: comunicación (habilidad de expresarse y de escuchar a los demás), motivación (capacidad de inspirar a otros a actuar en una forma determinada), decisión (capacidad de discernir, razonar y utilizar recursos en forma inteligente), cooperación (consideración por los demás y capacidad de promover iniciativas conjuntas), y relaciones interpersonales (capacidad de asesorar, educar, aconsejar, motivar y delegar oportunidades conducentes al desarrollo de las potencialidades del individuo).

La evaluación de los estudiantes se hacía a mediados y fines del curso. Los facultativos y el director del curso hacían la evaluación final. La evaluación combinada equivalía al 25 por ciento de la evaluación final del estudiante, o quinientos puntos potenciales de un total de 2.000; pequeñas variaciones en los puntos acumulativos podían hacer la diferencia entre ganar o perder un premio. Los alumnos que jugaban según las reglas del juego salían victoriosos y honraban al ejército de su país, sin atentar contra la jerarquía imperial de las fuerzas armadas. Un bloque instructivo semanal en operaciones psicológicas muestra algunas formas de interrelación que los estudiantes generaban en la sala de clases.

Analizando al enemigo

En el doble discurso militar estadounidense, las Operaciones Psicológicas, o PSYOP (del inglés *Psychological Operations*),

significan "propaganda". A pesar de que éste es el significado que le dan tanto el Comandante como muchos especialistas en clases PSYOP, en realidad encubre actividades diseñadas para explotar los temores y vulnerabilidad de determinados grupos. El manual de PSYOP del ejército señala cinco objetivos generales de las Operaciones Psicológicas: apoyar el sistema político de los EE.UU. y de sus aliados; atacar la legitimidad y credibilidad del enemigo; publicitar las reformas y programas que se implementarán en beneficio de la población después de la victoria militar, y ganar la lealtad del enemigo o inducirlo a rendirse *(Secretary of the Army, 1933)* (Secretaría de Ejército). El manual ejemplifica formas concretas para lograr esos objetivos, tales como la distribución de panfletos, despliegue de poderío militar y programas de acción cívica. Casi como un aparte, sin embargo, el manual señala que *casi todo* tiene un efecto psicológico, y que "solo las limitaciones requeridas por la unidad sustentada, cuando ésta emprende una acción, y la imaginación del planificados PSYOP, restringen la variedad de las operaciones psicológicas" (*Secretary of the Army*, 1993: I-20). En otras palabras, en la guerra psicológica todo vale.

En el primer día de instrucción PSYOP, los estudiantes veían un corto video sobre la guerra del Golfo Pérsico de 1991. El video describía cómo "se preparaba el campo de batalla para la victoria" a través de volantes y programas de radio ideados para convencer a las tropas iraquíes de que ellos no podían ganar. A medida que la clase discutía la proyección, surgía un debate respecto a la palabra "propaganda" y su propiedad para describir una operación psicológica. La discusión se enfocaba en los significados en inglés y español del término, el cual se escribe de la misma manera en ambos idiomas. Los estadounidenses entendían por propaganda los rumores e información que se difunden deliberadamente para ayudar o dañar a un individuo o grupo en particular; los hispanos, por su parte, la entendían como simple publicidad o anuncios, es decir le atribuían menos capacidad de manipulación de la que sugiere la palabra inglesa. Aunque la clase era conducida íntegramente en español, el mayor Estrella, nativo de República Dominicana, insistía en que los estudiantes usaran la palabra "producto", para evitar confusiones y cualquier sugerencia de que una PSYOP pudiera ser falsa.

El instructor comenzaba con una presentación en diapositivas de las técnicas generales de PSYOP, haciendo notar que las PSYOPS siempre se dirigen a audiencias extranjeras, nunca se usan en los EE.UU. El mayor boliviano Oscar Pacello pidió que le aclararan este principio. El instructor, que era un latinoamericano, replicó que los ciudadanos estadounidenses eran "muy sensibles" y podían sentirse manipulados para fines políticos si los militares de su país utilizaban PSYOP en ellos. Pacello no quedó satisfecho e insistió. Con algunas lecturas y seminarios de derechos humanos aun frescos en la mente, manifestó su preocupación respecto a las implicancias para los derechos humanos de las PSYOPS basadas en el temor y la manipulación. Él quería saber qué leyes internacionales regulaban las acciones de guerra psicológica; agregó que no había podido encontrar ningún material específico que lo guiara al respecto. Las PSYOPS, decía, podían ser problemáticas cuando un grupo poderoso las usaba contra gente poco instruida. Debido a las potenciales implicancias éticas y sus repercusiones en miembros de las fuerzas armadas, Pacello sentía que las PSYOPS eran como una "bomba atómica" lista para detonar. Su pregunta molestó al instructor, quien le recomendó leer al manual de entrenamiento; su persistencia pareció irritar también a algunos de los estudiantes. El mayor estadounidense Torres –el especialista en inteligencia con mayor experiencia en Centroamérica– entró a la discusión."No existe ley", afirmó, "la doctrina militar de los EE.UU. sirve de guía a la conducta de los estadounidenses". Con este comentario se dio por contestada la pregunta de Pacello.

Pacello no dijo nada, y no obstante los fuertes sentimientos nacionalistas de los latinoamericanos, nadie formuló objeciones –al menos públicamente– respecto al obvio doble estándar: el ejército de los EE.UU. se arrogaba el derecho de intervenir en los problemas domésticos de sus países y montar operaciones psicológicas, pero exigía no efectuarlas contra ciudadanos de los EE.UU. Más aun, nadie comentó la arrogancia del comentario de Torres. Esos hombres entendían cómo operaba el poder y cuál era su lugar en la división del trabajo dentro de un ejército internacional. En la SOA, la doctrina de los EE.UU. se presentaba como una fuente de luz que a todos podía iluminar. Durante un descanso, le pregunté

a un grupo de estudiantes si alguna vez habían objetado algún aspecto de las discusiones que se realizaban en clases. Un piloto estadounidense se mofaba de especialistas en PSYOP como Estrella, quien insistía que sus "productos" eran auténticos. "Los Estados simplemente no operan de esa manera", dijo. Los latinoamericanos, sin embargo, se mostraron más circunspectos. Unos pocos me decían que ellos estaban en la SOA para aprender la doctrina de los EE.UU., no para debatir su política; pero un oficial, a quien encontré varios meses más tarde en América Latina, me confesó que algunas cosas que había escuchado le habían provocado "deseos de arrancarse los cabellos".Y eso fue todo lo que dijo.

El intercambio en la sala de clases era solo una de muchas lecciones respecto a la jerarquía hemisférica de poder y el lugar que América Latina ocupaba en ésta. Aun en este contexto de jerarquía y paternalismo, los estudiantes estadounidenses y latinoamericanos encontraban bastante terreno en común en el cual trabajar. La lucha antiguerrillas, por ejemplo, era una preocupación que todos compartían. Los estudiantes pasaban gran parate de su tiempo en pequeños grupos, evaluando hipotéticos escenarios subversivos, identificando potenciales blancos para las PSYOP, y situando sus operaciones en contextos militares más amplios. En una ocasión, el instructor les presentó una situación hipotética: Choloma, una villa en un país anónimo, había caído bajo el control de un movimiento guerrillero llamado "Nueva Palestina", el cual recibía apoyo externo de un país llamado "Kracovia". Los guerrilleros habían reclutado varios informantes, quienes los tenían al día respecto a las actividades del gobierno local, y habían ganado el apoyo de mucha gente gracias a que mantenían relaciones amistosas y a la ayuda personal que prestaban a la población para resolver sus problemas. Los guerrilleros también habían asesinado a un regidor con el fin de aumentar su control sobre el pueblo. El ejercicio entregaba información adicional sobre las relaciones entre los pobladores y el ejército, los terratenientes locales y el Concejo Municipal, y efectuaba una serie de consultas a los estudiantes, quienes debían responder como si fueran especialistas en PSYOP y se tratara de una situación real. ¿Qué grupo o grupos debieran ser el objetivo principal de una operación psicológica, y cuáles eran

sus puntos vulnerables? ¿Cuál debiera ser el objetivo más importante? ¿Qué resultados se esperaba obtener?

La banalidad de las discusiones quitó relevancia al temor y desorientación que las Operaciones Psicológicas reales causan en las personas. Por ejemplo, un grupo –un dominicano, un boliviano, un venezolano y tres estadounidenses–, pasó una enorme cantidad de tiempo sumido en una discusión sobre cómo distinguir entre los objetivos políticos de nivel nacional y la meta concreta de la misión PSYOP. ¿Cuáles, por ejemplo, eran los deberes y responsabilidades del oficial PSYOP? ¿Dónde terminaba, y dónde empezaba la autoridad de otro? Responder estas interrogantes, sentían, era importante para aprender a llenar bien los papeles requerido por el ejército antes de iniciar una Operación Psicológica. Un oficial estadounidense, con extensa experiencia PSYOP en Kosovo, daba las explicaciones del caso, en un español rudimentario, demorando considerablemente el progreso del grupo. La trivialidad de las preguntas hacía que el tema pareciera liviano y natural, desvirtuando así la naturaleza seria y grave de la guerra en general y de las tácticas violentas y manipuladoras que proponían los especialistas en SYOP. Estos oficiales necesitaban ubicarse dentro de la jerarquía de poder y la cadena de comando. Por tanto, podían concentrarse en la fría tarea de resolver problemas burocráticos, de formular soluciones eficientes que respondiesen a los requerimientos de una autoridad más alta. Esto, además, los libraba de cargar solos con la responsabilidad de sus propios actos.

Las Operaciones Psicológicas eran solo uno de los varios bloques de instrucción en los cuales participaban los estudiantes CGS antes de graduarse a fin de año, y luego repartirse por todo el hemisferio. Unos pocos latinoamericanos permanecían en la SOA por un año adicional como instructores huéspedes, pero la mayoría regresaba a sus respectivos países, donde, en muchos casos, ascendían rápidamente. El mayor colombiano Espitia regresó a trabajar en la Fuerza Policial Militarizada de la ciudad de Cali. El mayor estadounidense Torres comenzó un trabajo no especificado de inteligencia en el Pentágono. A otro graduado estadounidense se le dio un cargo de profesor en Fort Benning. Muchos estudiantes estadounidenses fueron enviados a América Latina, a una variedad

de misiones correspondientes a sus respectivas especializaciones. Muchos de estos últimos fueron asignados a embajadas de los EE.UU. y a sus Misiones Militares asociadas, pero en algunos casos de lógica burocrática, el ejército los mandaba a otras partes del mundo. Eso fue lo que le sucedió al teniente coronel George Ruff, jefe del *Department of Joint and Combined Operations* (Departamento de Operaciones Conjuntas y Combinadas) de la SOA, quien se graduó a principios de los años 90, y fue enviado a Corea antes de recibir una destinación en América Latina. Ni los oficiales estadounidenses ni los latinoamericanos permanecían en un mismo puesto por mucho tiempo. Tras dos o tres años, les daban otra destinación, y a medida que circulaban de puesto a puesto alrededor del hemisferio, los antiguos compañeros de curso se reencontraban y establecían contactos entre ellos y con los graduados CGS de diferentes promociones. Muchos se encontraban una vez más trabajando juntos. A los oficiales estadounidenses les gustaba pensar que los graduados latinoamericanos comprendían mejor "cómo se hacen los negocios en los EE.UU." Muchos oficiales de ejército de los EE.UU. conocían a estos graduados, a quienes veían como importantes contactos con los distintos ejércitos de América Latina. Al personal estadounidense le interesaba que ascendieran, porque ello representaba –al menos en teoría– la presencia, en los rangos superiores de las fuerzas armadas, de individuos dispuestos a trabajar con el ejército de los EE.UU. y que comprendían su doctrina. Los casos de los graduados Oscar Pacello, de 2000, y Rand Rodríguez, de 1996, son un buen ejemplo.

Cómo hacer negocios *"a la Americana"*

Oscar Pacello regresó a Bolivia después de su graduación a fines del 2000. El ejército lo ascendió a teniente coronel y asumió nuevos deberes como oficial de enlace entre el Alto Mando boliviano y la Misión Militar de los EE.UU. con base en la Embajada. Pacello fue el último en una serie de graduados CGS de la Escuela de las Américas en ocupar el cargo. El puesto de un año con la Misión Militar era un regalo, porque, como explicaba un oficial estadounidense, permitía a Pacello "trabajar en el grupo que sabe",

es decir, con los militares que realmente mandaban en Bolivia. Pero también convirtió a Pacello en el blanco de las envidias y bromas de sus colegas bolivianos. En una publicación clandestina del ejército boliviano circulaban ácidos rumores sobre Pacello, de quien decían que andaba con la boca pegada al culo de sus amos gringos.

Cuando lo volví a ver en Bolivia, en el 2001, Pacello permanecía inconmovible en su admiración a los EE.UU. y en su gratitud por la oportunidad de haber experimentado en Georgia "una forma de vida más organizada". Sin aludir a las observaciones de los disidentes, criticaba a los militares del ejército de Bolivia que culpaban a los gringos de todos sus problemas. Atribuían estos sentimientos al ciego nacionalismo que se fomentaba en la Academia Militar, y al discurso izquierdista de las universidades, donde, sostenía, "cuatro de siete clases enseñan teoría política marxista".

Pacello trabajaba con el grupo militar estadounidense en el cuarto piso de una especie de bunker de la Embajada. Construida a mediados de los años 90, esta estructura se alzaba como una horrible bestia en la imponente avenida Arce, en feo contraste con los edificios de departamentos y las mansiones de fin de siglo de la vecindad que lo rodeaba. Su construcción provocó las protestas de los acomodados residentes locales, porque los planes originales no dejaban espacio para vereda en la calle que limitaba con la monstruosidad que iba apareciendo. Aunque los residentes ganaron la batalla por las aceras, tuvieron que resignarse a vivir junto al equivalente arquitectónico a un gorila de 400 kg, rodeado de altos muros de concreto, erizado de antenas que sobresalían del techo y angostas aberturas cubiertas de vidrio reforzado, sus únicas ventanas. Una caseta fuertemente vigilada colaba a los visitantes y empleados. Todo esto decía mucho sobre la política de los EE.UU. en Bolivia y sobre la real o imaginada antipatía que provocaba entre su gente.

El primer contacto de Pacello fue su colega y ex alumno de la SOA, graduado del CGS, teniente coronel Rand Rodríguez. Rodríguez servía los últimos seis meses de una destinación de dos años en Bolivia cuando Pacello regresó a La Paz, y se preparaba para asumir un nuevo puesto en los EE.UU. Había aprendido mucho acerca del ejército boliviano en particular y de las fuerzas

latinoamericanas en general, gracias a sus viajes por la región. "Hay tantas cosas institucionalizadas en los ejércitos latinoamericanos", explicaba, "y eso va desde el paternalismo, la corrupción, y la lista continúa... sus ejércitos están más basados en la amistad [que los nuestros]"... "el aspecto positivo es que llegas a conocer personalidades, pero el aspecto negativo es que esto influye en la forma en que hacen negocios. Lo que quiera lograr, en los EE.UU. depende del rango y de la forma cómo trabajo... pero en América Latina, yo soy teniente coronel, él es teniente coronel; él es mi amigo y me ayudará a hacer lo que necesito hacer, [porque es mi amigo], no porque eso sea lo correcto. Tú sabes lo que digo". El CGS abrió a Rodríguez las puertas de este mundo de amistad y patronazgo, que le fue de gran utilidad en el tiempo en que estuvo en Bolivia:

"Yo fui a la Escuela de las Américas y conocí a mucha gente, a muchas personas del ejército boliviano. Había un oficial de policía boliviano y un coronel de ejército. El tipo de quien yo era responsable era un oficial de El Salvador, y también apadrinaba a un teniente coronel de México. Desde mi punto de vista, eso es magnífico. Ahí haces tus conexiones como oficial de un área extranjera. Tú vas, hablas con la gente. Ellos son tus compañeros de clase. Te informas de lo que hacen y de cómo son las cosas en sus países de origen... cuando vine a Bolivia, mis amigos vinieron a verme y me ayudaron, me presentaron a las personas que necesitaba conocer. Ellos rompen las barreras iniciales que normalmente encontrarías, especialmente en los países latinoamericanos.

"Tú sabes –'es un americano, es un gringo. Pero no quiero que crean que soy un admirador de los americanos", así que vienen y dicen, "lo conocí en la Escuela de las Américas. Pasé un año con él. Es un gran tipo. Conozco a su familia'. Eso derriba las barreras.

Para el personal militar destacado en Bolivia era importante tener a Pacello "derriba barreras" ante los comandantes bolivianos. Ellos tenían que habérselas con un país en constante estado de agitación. Con caminos bloqueados por los campesinos, demostraciones contra la privatización de los servicios de agua potable que paralizaron el país por tres semanas en septiembre de

2000; durante meses, el nivel de descontento parecía no ceder. Todo esto se debía a quince años de radicales políticas económicas de libre mercado, que habían significado una pesada carga para los campesinos y trabajadores. Además, la agresiva campaña, auspiciada por los EE.UU., contra la coca en la región Chapare había socavado uno de los últimos recursos económicos de los campesinos (ver Capítulo 8). Para empeorar aun más las cosas, la corrupción y la mano dura de la segunda administración Banzer había alienado a mucha gente.

Enfrentados con una continua agitación, los oficiales militares estadounidenses y bolivianos habían apostado, en posiciones estratégicas de todo el país, a varios destacamentos de Rangers y Fuerzas Especiales altamente entrenados. Estas unidades de elite, recababan inteligencia, ubicaban campos y laboratorios de cocaína, despejaban los caminos y "respondían a cualquier emergencia dentro del país". En opinión de Rodríguez, sin embargo, varios de ellos "todavía necesitaban mucho trabajo", opinión que compartían algunos comandantes bolivianos de alto rango, que habían visto demostraciones de las Fuerzas Especiales en los EE.UU. y querían mejorar el desempeño de las unidades bolivianas. Cuando los comandantes bolivianos se preparaban para enviar su primer soldado a la *Army's Sepecial Forces School* (Escuela de Fuerzas Especiales del Ejército) en Fort Bragg, Carolina del Norte, surgió un problema para Rodríguez.

Los bolivianos pasaron por sobre el candidato de Rodríguez y pusieron a otro soldado. Éste estaba relacionado con un poderoso oficial, quien logró que su protegido fuera a los EE.UU. Rodríguez explicaba:

"Encontramos un tipo con todas las condiciones –buen estado físico y dominio del inglés– para hacer el curso. Estábamos esperando su nominación a través de los canales oficiales, cuando, un día, al llegar al trabajo, me encontré con un oficial boliviano. Yo le dije: '¿Qué está usted haciendo aquí?'. Él me contestó que estaba dando la prueba para ingresar a las Fuerzas Especiales. Yo pensé, O.K., por qué no. En la prueba de inglés obtuvo un 40, cuando la calificación mínima era 80. Un par de días más tarde, fue su nombre el que apareció como representante oficial del ejército boliviano".

Rodríguez no quedó conforme y llamó al Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas bolivianas para discutir el asunto. Finalmente, Pacello resultó esencial en la resolución del problema. En una reunión con oficiales bolivianos, Rodríguez y Pacello abogaron en favor del candidato de los EE.UU. Era una tarea delicada, porque la elección de quién enviar a un entrenamiento en el exterior corresponde a las fuerzas armadas locales, y Rodríguez no quería aparecer como imponiéndole una decisión al Comandante. Pacello, sin embargo, era boliviano y podía ser más insistente, una gran ayuda para que Rodríguez lograra negociar sin herir las sensibilidades de rango y nacionalidad. Al final, los dos hombres lograron convencer al comandante boliviano de enviar a la SOA al candidato propuesto por los Estados Unidos. Rodríguez reconoció su deuda con Pacello, y concluyó que "los graduados de la SOA entienden de qué estamos hablando, saben cómo hacemos negocios, y por eso son un valioso recurso para nosotros. Ayudan a que [los militares] nos entiendan mejor".

Hacer las cosas "a la americana" implicaba establecer interrelaciones complejas y orientadas al poder, a través de la cual los oficiales estadounidenses trataban de convencer, manipulaban y hacían exigencias a los ejércitos de América Latina. Como indicaba Rodríguez, tener un oficial como Pacello, un nacional que estaba de acuerdo con las políticas estadounidenses o que se beneficiaba de las recompensas que ofrecía este acuerdo, era muy importante para que los estadounidenses lograran hacer su trabajo. La SOA, y particularmente el curso CGS, cultivaba relaciones de trabajo entre los oficiales estadounidenses y latinoamericanos, lo cual facilitaba los esfuerzos de los EE.UU. por dominar a ejércitos regionales con marcadas susceptibilidades nacionalistas.

A medida que los graduados del CGS y otros cursos de la SOA iban terminando su entrenamiento militar y circulando por el hemisferio, muchos de ellos dejaban tras sí una estela de serias acusaciones de violaciones a los derechos humanos. Antes de dejar el CGS del año 2000, debemos, por lo tanto, ver cómo enfocaba la SOA el problema de los derechos humanos, cómo planteaba este tema a sus estudiantes y cómo entendían ellos estas enseñanzas. Estos temas son materia del próximo capítulo.